

SOPHIE ROSE

Matrimonio

POR CONTRATO DE AMOR

NOVELA ROMÁNTICA

MATRIMONIO POR CONTRATO
DE AMOR

NOVELA ROMANTICA

SOPHIE ROSE

SR PUBLISHING

ÍNDICE

Introduccion

1. Capitulo 1
2. Capitulo 2
3. Capitulo 3
4. Capitulo 4
5. Capitulo 5
6. Capitulo 6
7. Capitulo 7
8. Capitulo 8
9. Capitulo 9
10. Capitulo 10

Unas palabras Finales

INTRODUCCION

Este libro es una obra de ficción en su totalidad. Por favor tenga en cuenta que los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del escritor, han sido utilizados de forma ficticia y no deben tomarse como hechos reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos y acontecimientos, entidades u organizaciones son totalmente una mera casualidad.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos bajo copyright reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio (ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o de otra manera) sin el permiso previo por escrito del propietario del copyright.

El autor reconoce la condición de marca y los titulares de marcas de diversos productos a los que se hacen referencia en esta obra de ficción, que se han utilizado sin permiso.

La publicación/ El uso de estas marcas no está autorizado, asociados o patrocinado por los propietarios de la marca registrada.

Copyright 2019 por Sophie Rose Publishing - Todos los derechos reservados.

Este documento está dirigido a brindar información exacta y fiable sobre el tema y tema. La publicación se vende con la idea de que el editor no está obligada a rendir cuentas, oficialmente autorizados, o de lo contrario, los servicios del personal calificado. Si es necesario, asesoramiento legal o profesional, una práctica individual en la profesión debe ser ordenada.

A partir de una declaración de principios que fue aceptada y aprobada igualmente por un Comité de la American Bar Association y un Comité de Editores y asociaciones.

De ninguna manera es legal para reproducir, duplicar o transmitir cualquier parte de este documento en medios electrónicos o en formato impreso. Grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y cualquier almacenamiento de este documento no está permitido a menos que cuente con el permiso por escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

La información proporcionada aquí se dice sea veraz y coherente, en el que cualquier responsabilidad, en términos de falta de atención o de otra forma, por cualquier uso o abuso de las políticas, procesos o instrucciones que contienen es la solitaria y de absoluta responsabilidad del lector destinatario. Bajo ninguna circunstancia de cualquier responsabilidad jurídica o la culpa se celebrará contra el editor para cualquier reparación, daños, perjuicios o pérdidas monetarias debido a la información contenida en ella, ya sea directa o indirectamente.

Respectivo autor posee todos los derechos de autor no mantenidos por el editor.

La información que aquí se ofrece con fines informativos exclusivamente, y es tan universal. La presentación de la información es sin contrato o cualquier tipo de garantía de fiabilidad.

Las marcas comerciales que se utilizan son sin consentimiento, y la publicación de la marca es sin permiso o respaldo por parte del dueño de la marca registrada. Todas las marcas comerciales y las marcas mencionadas en este libro son sólo para precisar los objetivos y son propiedad de los propios dueños, no afiliado con este documento.

CAPITULO 1

La tarde era suave, tenue, y les servía de cómplice a los jóvenes amantes. Besos, caricias, y muchas declaraciones de amor sin palabras iban y venían mientras ambos hacían el amor de la manera más intensa y a la vez romántica posible.

Julián, que para ese entonces tenía apenas 20 años, recorría todo el cuerpo de Amanda el cual ya se sabía de memoria. Su lengua marcaba la pauta entre las caderas de ella donde decidió estacionarse por un segundo para explorar sus carnes a través de delicados e inofensivos mordiscos.

Julián es blanco, Amanda también. Los dos desnudos sobre la cama que también estaba desnuda a causa del torbellino de pasiones, conformaban un cuadro perfecto, el de espontaneidad, el de lo sublime y natural, al mismo tiempo que parecían emanar luz de sus cuerpos apasionados, ardientes, y a la vez un poco pálidos.

—Te amo, Amanda. —Exclamaba Julián entre gemidos y jadeos de amor desesperado, de amor sincero.

—Yo lo sé, mi amor. Eres mi todo. —Respondía ella, acalorada, sofocada, como perdiendo el aliento al mismo tiempo que toda ella se perdía entre los brazos de Julián.

Ella estaba sobre él, deleitándolo con sus 19 años de amor y sus pocos kilos de verdadera pasión. Amanda era delgada por aquellos días de su juventud, una mujer muy bella, rubia, de ligero peso y de grandes sentimientos.

El vaivén del cuerpo de Amanda sobre el de Julián era una cosa hermosa, sublime, casi musical. Mantenían un ritmo perfecto, un compás inquebrantable, una armonía silente que les permitía sentir el mismo placer al

mismo instante a cada uno.

Julián no paraba de hacerla suya, y por más que el placer tocaba su puerta, invitándolo a hundirse en el clímax, en el fulgor de una relación perfecta y en un encuentro amoroso intenso que deseaba llegar a su máximo punto de ebullición, él prefería retardar el placer, seguir deleitándose con lo que tenía frente a sí, un mujer perfecta, bella, hermosa, lo mejor que verían sus extasiados ojos.

—¡No pares, mi amor! —Suplicaba Amanda, queriendo ser adorada y venerada como una diosa a la que Julián debía entregarle y generarle todo el placer que ella pidiera. Se erguía, acariciaba los negros cabellos de su amante y se dejaba llevar por el momento, incluso arañándole la espalda en repetidas ocasiones hasta que ninguno de los dos pudo soportar más y el orgasmo fue mutuo, sonoro, como un alarido que despertó desde lo más profundo del bosque en el que se hallaban.

—Te amo. —Dijo Julián como quien confiesa una gran verdad. —Jamás me cansaré de decírtelo.

La cabaña donde los dos tórtolos hacían el amor quedaba en un bosque espeso y a la vez muy tranquilo y relajado, un lugar natural donde casi ningún humano transitaban un lugar alejado de la civilización, del ruido de la ciudad, de todo lo que esté fuera de la burbuja que ellos dos habían creado para amarse de manera infinita dentro de ella.

Esa cabaña pertenecía a un tío de Julián, el señor Pedro. Él también era dueño de la camioneta Pick Up en la que Julián llevaba a Amanda a pasar tardes de verdadero y profundo amor.

—No me siento bien. —Dijo Amanda esa vez antes de bajar de la cama para ir directo al baño.

En sus 19 años jamás había estado tan segura de algo como de las sospechas que tenía de estar embarazada. Ambos ya lo habían hablado días antes, y aprovecharían la oportunidad y la soledad en la cabaña para que Amanda se practicara una prueba en el tocador.

Julián la vio entrar al baño como un cordero que va al matadero, la vio temblar, la vio sentir miedo. Por un segundo quiso ir tras ella y acompañarla, pero también dudó por el solo hecho de no querer atormentarla o incomodarla más de lo que ya podía estar.

La incertidumbre era grande, tan grande como el amor que se tenían. ¿Qué pasaría si ella estaba embarazada? ¿Cómo se lo dirían a sus padres? ¿Qué podrían y deberían hacer? Eran demasiadas las preguntas, muchas las

dudas. Jamás en la cabaña se habían sentido así de estresados y había una razón, era que ese lugar solo era para amarse, para relajarse y dejarse envolver por los más hermosos sentimientos.

Julián pensó en eso por un instante y se armó de valor, dejó que su cuerpo se fuera hasta la puerta del baño, porque su mente y su corazón ya tenían rato allí. Al abrir la puerta, Amanda sonreía con un par de lágrimas deslizándose por sus mejillas. No hizo falta que dijera nada, Julián entendió todo.

Él la abrazó, la condujo hasta la cama, se sentaron uno al lado del otro en silencio hasta que Julián dijo todo lo que necesitaba expulsar de su mente y su corazón.

—Te amo. Lo vamos a tener. Será un niño sano, saludable, y muy amado. Papá me ofreció un puesto en la fábrica, y si todo marcha bien, si trabajo duro, obtendré la dirección de todos los proyectos y nos irá muy bien. La pregunta es: ¿Te quieres casar conmigo? —Preguntó Julián luego de arrodillarse frente a Amanda.

—¡Claro que sí, mi amor! —Fue la exclamación de Amanda, la respuesta más sonora que se oyó en todo el bosque llegando casi hasta los rincones de la ciudad.

Julián le colocó el anillo, la miró a los ojos como queriendo gritarle con la mirada todo lo que ya le había dicho varias veces aquella tarde. Ella sabía que estaba frente al amor de su vida y no tuvo miedo de aceptar lo que en el fondo anhelaba con demasiadas ansias.

Hoy ya han pasado 20 años desde aquella hermosa cita furtiva en los alrededores del bosque, la misma que cambió las vidas de Julián y de Amanda para siempre. Ya tienen 20 años de casados y una adorable hija de 19 llamada Mía.

Mía es encantadora, excelente estudiante, cursa estudios de finanza los cuales ya está por culminar, es de las más destacadas en su universidad y está próxima a graduarse y obtener su diplomaba en finanzas.

Mía fue la única hija que tuvieron Julián y Amanda. Ellos intentaron por todos los medios volver a tener otro hijo, pero nunca pudieron. Probaron toda clase de métodos, fueron ante todos los médicos expertos que pudieron, y aun así no lograron conseguir volver a tener un hijo.

En una ocasión incluso Amanda decidió darle una oportunidad a los consejos de un gurú de la televisión, que aseguraba que la mejor manera de quedar embarazada, o por lo menos el método más efectivo, era hacer el amor en la posición del misionero, quedarse con las piernas levantadas, y todo

aquello durante una noche de luna llena en la que el hombre haya cumplido por lo menos 72 horas sin haber eyaculado, y haber bebido jugo de tomate durante tres noches consecutivas.

Todo aquello no fue más que una anécdota de la cual hoy en día ambos de rien demasiado, pero la verdad es que lo probaron todo y jamás lo lograron. Incluso hasta asistieron, en una vacaciones, a un laboratorio alemán cortesía del papá de Julián, quien sentía que le debía mucho a su hijo por haber puesto en marcha la compañía de una manera excepcional desde que tomó las riendas, triplicando las ventas al punto que hoy en día todos viven muy cómodos gracias a eso.

De un momento a otro, el sexo para Julián y Amanda terminó por convertirse en una especie de tarea, en algo así como un deporte en el que por más que se esforzaban, nunca ganaban un solo juego.

El sexo para ellos dejó de ser algo placentero para convertirse en algo rutinario, casi obligatorio, y además frustrante por nunca obtener los resultados esperados. Por más que lo intentaban de mil y un maneras, Amanda no lograba quedar embarazada, y de un modo u otro, aquello fue mermando en su relación, pero solo en lo sexual.

Ellos, a pesar de varias monotonías, y de varias rutinas en las que terminaron por hundirse, nunca cambiaron en lo que más los caracterizó. Nunca dejaron de ser grandes amigos, porque además de novios, esposos y lo que sea que los catalogue como pareja, ellos siempre han sido y serán grandes amigos.

No pararon de intentar conseguir otro bebé hasta que Mía cumplió 15 años. En ese momento, tanto Julián como Amanda, se dieron cuenta de varias cosas, y una de ella era que ya no iban a poder tener ese hijo. Por más que lo intentaran, por más que hicieran hasta lo imposible, parecía de verdad toda una gran dificultad para ellos, parecía que el destino simplemente no quería que ellos tuvieran otro hijo.

El detalle con toda esa situación no era solo que ya lo habían intentado prácticamente todo, sino que además, luego de varios exámenes y varios cheques médicos de diferentes naturalezas, nunca, pero jamás, dio alguno positivo en algún tipo de enfermedad.

Siempre que iban ante algún médico nuevo, lo primero que les pedían era hacerse exámenes nuevos, y siempre sucedía lo mismo, todo indicaba que ambos estaban en perfecto estado de salud, al mismo tiempo que tampoco había razones para considerar la infertilidad como una opción, pues después

de todo habían tenido a Mía.

Pero había una sola particularidad, Mía no había sido planificada, y tal vez allí estaba la diferencia. Por años ambos pensaron que si dejan de planificarlo, de hacer el amor con la idea premeditada de quedar embarazados, tal vez terminaría sucediendo de manera espontánea. Pero no fue así.

Luego de demasiados intentos y de que Mía estuviera por cumplir sus quince años, decidieron rendirse, y todo sucedió porque se dieron cuenta de que sexualmente ya nada los unía. Para ambos el sexo había cambiado, a pesar de que se seguían amando como grandes amigos.

—Hola preciosa, tu papi y yo te hemos arreglado toda una gran fiesta para hoy. Tú te vas conmigo a que te tomen las medidas para los retoques finales del vestido, y papá se queda en el club haciendo todos los preparativos para tu gran fiesta, porque esta es tu noche.

—Feliz cumpleaños, mi muñeca. —Termino de agregar Julián luego de que Amanda felicitara a Mía cuando la quinceañera bajó a desayunar con ellos.

—Muchas gracias a ambos, de verdad los adoro. Son lo máximo. — Respondió Mía mientras los tres se fundían en un cálido abrazo familiar.

Continuaron la mañana de lo más normal, Mía se arregló, se vistió muy hermosa, y se fue con Amanda a terminar de revisar los asuntos del vestido, mientras que Julián espero que ellas se fueran, para luego él dirigirse hasta el club donde los preparativos ya habían comenzado.

Al llegar al local de la costurera, Amanda sacó de su cartera un fino collar y le pidió a Mía que se diera la vuelta.

—Este collar desde siempre ha pertenecido a nuestra familia. Primero lo tuvo tu abuela y me lo obsequió cuando cumplí mis 15 años. A diferencia de ti, yo no era tan hermosa ni tuve una fiesta tan grandiosa como la que tu papá y yo te estamos preparando, pero te aseguro que tuve una adolescencia hermosa, mágica, fueron años maravillosos de mi vida que jamás olvidaré.

Se lo puso, y la verdad le quedaba estupendo. Era un collar muy fino, con delicadas piedras. No parecía ser tan costoso, no era diamante ni nada parecido, pero en estética era toda una majestuosidad.

—Gracias, mamá. Te quiero mucho. —Dijo Mía luciendo su hermoso collar.

—Muy bien, ahora vamos a que te arreglen el vestido para que esta noche seas la chica más hermosa de toda la tierra y tus amigas se mueran de envidia

y tus amigos quieran todos ser tus novios.

Mía hizo un gesto de desaprobación con el cual Amanda solo pudo reírse un rato para luego agregar algo con la intención de intentar arreglar lo que había dicho.

—Está bien, sé que exageré. —No todos tus amigos, solo nueve de cada diez querrán pedirte que seas su novia después de esta noche.

Mía se dio cuenta de que su mamá simplemente estaba de muy buen humor, así que no le dio demasiada importancia a pesar de que el tema la incomodaba un poco. Por alguna razón ella nunca había sido muy dada a hablar de novios y esas cosas, no hasta que cumplió cierta edad. Quizás solo era vergüenza, quizás solo era timidez, o puede que simplemente, por mucho que había crecido, por más que ya parecía toda una mujer, en el fondo seguía siendo la dulce niña de sus padres.

Mientras madre e hija estaban en cosas de chicas, revisando las medidas y que todo estuviera en orden con el vestido de Mía. Julián estaba un poco estresado porque al parecer el sonido no era como él esperaba, no se parecía a lo que había ordenado y por lo que había pagado muy bien.

—Pero es que esto no lo que pedí.

—Lo entiendo, señor. Tal vez usted se dejó llevar por las fotos o incluso por el nombre de los equipos que usted solicitó, pero la verdad es que esto es tal cual lo que usted escribió en el correo, si quiere puede verlo por usted mismo.

El encargado de la logística le mostraba a Julián un teléfono celular inteligente desde el cual se podía apreciar que en efecto, él solicitó lo que tenía frente a sus ojos.

—Bueno, ya no es mucho lo que podamos hacer. Está bien. El error fue mío.

—Lo entiendo, señor. Usted solo quiere darle lo mejor a su hija, ella lo merece, y usted se lo dará. ¿Por qué no viene a echarle un vistazo a la torta mientras yo trato de hacer lo mejor que pueda para que usted y los suyos quedés satisfechos?

Julián aceptó, se fue a la mesa de los bombones donde finalmente colaron la torta, y aquello era magnífico. Una torta gigantesca, de tres pisos.

—¡Esto sí es exactamente lo que pedí! —Le dijo Julián al encargado con una exaltación que dejaba notar en su voz lo feliz que estaba por complacer a su hija y darle todo lo mejor.

—¿Seguro que solo la torta es como usted la pidió? —Pregunta el

encargado con algo de suspicacia.

—Bueno, la pista de baile, las luces, todo menos el so...

Julián no había terminado de hablar bien cuando vio entrar por el portón principal, los parlantes y los equipos de DJ que él quería desde un principio, pero que por error no había obtenido.

—Una vez que lo escuché, supe qué era exactamente lo que quería. Solo tuve que hacer un par de llamadas, y ya está aquí el sonido que usted quiere y su hija merece.

—De verdad no sé cómo agradecerle, usted ha hecho un trabajo magnífico, ha puesto todo en su lugar...

—Bueno, cuando haga el cheque por mis honorarios, piense bastante a ver si se le ocurre algo acerca de cómo agradecerme. Por ahora yo solo le sugiero que vaya, se dé una ducha, y vuelva listo para la fiesta que será magnífica, se lo prometo.

Julián no hizo más que seguir el consejo y se fue a casa no sin antes reírse por la insinuación de parte del encargado acerca de una buena propina, al que sin duda se había ganado con méritos.

Ya en casa, todos se reencontraron, llegada la tarde, ya casi al final, un poco antes de que oscureciera, todos se fueron al club. Mía estaba demasiado hermosa, parecía un ángel, mientras que sus padres no desentonaban en lo absoluto. Julián lucía un smoking negro y Amanda un fino traje de gala color vino.

La noche avanzó, los invitados llegaron, y todo fue lujos, diversión, y mucho amor. Cuando Mía bailaba el vals de los quince años con varios de sus amigos de escuela, Julián y Amanda que miraban desde lejos, parados a un lado de la mesa de cocteles, hicieron el más maravilloso de los tratos, cerraron una especie de negocio, un acuerdo que marcaría el resto de sus vida y de su relación como pareja.

—Quiero que tengamos una relación abierta hasta que Mía cumpla los veinte, allí veremos qué haremos.

—Yo no quiero pensar en qué haremos más adelante, pero quiero seguir viendo a Mía feliz, quiero que tú también lo seas, y por supuesto que yo también quiero ser feliz. —Dijo Julián riendo un poco a causa de varias copas de vino.

—Pues me parece estupendo. —Replicó Mía mientras le estrechaba la mano como si fuesen dos extraños pactando un negocio.

—No se diga más. Desde hoy ambos somos libres, solo es cuestión de

saber ser discretos, y no diremos una palabra más de esto hasta que Mía cumpla 20 años.

—Estupendo. —Concluyó Amanda dándole un beso en la mejilla a Julián.

CAPITULO 2

A sí pasaron los meses desde que Julián y Amanda tomaron aquella decisión, aquel pacto justo en la fiesta de quince años de su hija Mía. El trato básicamente se trataba de que cada uno podía llevar su vida sexual de manera libre y plena con cualquier otra persona, siempre y cuando hubiera total discreción en ello.

Ninguno de los dos tenía la obligación de contarle nada al otro, ni siquiera un detalle. Ninguno debía dar explicaciones. La única regla era que fuera lo que fuera que cada uno hiciera, no pusiera en riesgo el matrimonio ni la felicidad de Mía.

¿Por qué ese pacto? ¿Por qué no separarse? Es una pregunta que mucha gente podría hacerse al ver una decisión como esa tomada por una pareja como Julián y Amanda, pero la verdad es que la relación de ellos va más allá de todo entendimiento común.

A Julián y a Amanda jamás les ha importado ni siquiera un poco lo que puedan decir los demás, pero así como eso los tiene sin cuidado, son muy cautelosos con la felicidad de Mía. Ellos no sabían cómo podría tomarlo ella, no sabían si podían hacerle mucho daño al separarse, y como eso era mucho más importante que cualquier otra cosa, decidieron hacer aquel trato.

Por otro lado, tampoco se trataba de una situación en la que ellos quisieran separarse del todo. Es decir, a ambos les fascinaba la vida familiar que llevaban, esa que con años de esfuerzo y dedicación, además de una gran educación en el hogar, pudieron construir como parte de un legado heredado de sus propios padres.

Los padres de Amanda eran profesores universitarios, el papá e Julián dueño de una fábrica, mientras que su mamá siempre se dedicó a las labores

del hogar. Los padres de ambos les enseñaron valores muy profundos sobre la familia, incluyendo el concepto de que no pesa tanto un apellido, un nombre o un grupo sanguíneo, como sí lo hace la convivencia, el compartir, la solidaridad y el respeto mutuo, el amor de los que viven bajo un mismo techo.

A Julián y Amanda les encantaba dormir juntos, tener largas conversaciones tanto por las noches antes de dormir, como incluso en varias ocasiones duran el día, en momentos en los que alguno de los dos se escapaba de sus responsabilidades para ir a pasar un rato con el otro.

Julián y Amanda se convirtieron en grandes amigos, y todo eso era maravilloso. Ambos eran excelentes padres, excelentes amigos y excelentes confidentes. Lo único que hacía que su relación no fuera perfecta, era el hecho de que por más que lo intentaron de mil y un modos, nunca pudieron lograr concebir un segundo hijo, y eso poco a poco fue influyendo en su relación física, en la parte sexual, porque el sexo se tornó totalmente monótono, se convirtió en una rutina, y no solo eso, sino que pasó de ser algo placentero, para ser luego una especie de requisito obligatorio para entrar a una felicidad a la que de igual manera nunca pudieron ingresar de nuevo. Jamás pudieron volver a tener un hijo juntos después de mí, y por muy bien que se llevaban, no pudieron evitar que eso destruyera su vida sexual de manera indirecta. Porque no se trataba de que la inconformidad o molestia por no poder tener ese segundo hijo hubiera arruinado el ánimo, sino que simplemente se aburrían o cansaron de hacer algo más por obligación que por mero disfrute.

Sin embargo, el sexo, aunque sea tabú, un tema tan delicado como controversial, es también una necesidad física ligada a aspectos emocionales que tarde o temprano debemos saciar. En ese sentido, Amanda se terminó volviendo una masturbadora por excelencia, una mujer que aprendió a amar su cuerpo y a disfrutar mucho de él en los momentos que pasaba a solas, en su propia compañía, explorando cosas que no había probado antes.

Por otro lado, Julián no tenía tanto tiempo para terminar de conocerse a sí mismo, pasaba todo el día entre la fábrica y diversos pendientes que siempre debía atender fuera de casa.

Una mañana, mientras Mía se terminaba de vestir para irse a clases, Julián y Amanda ya estaban en el comedor, esperando por ella para desayunar todos juntos y luego cada quien dedicarse a sus labores diarias.

—Como siempre, estas panquecas te han quedado a pedir de boca. Están

deliciosas. Si Mía no se apresura, no encontrará nada más que mantequilla.

—No exageres, Julián. Además, igual he preparado muchas, suficientes como para que te comas las que quieras y aun así no dejes sin desayunar a nuestra bebé.

—“Nuestra bebé” ya tiene casi 16 años de edad y come más que un remordimiento.

—¿De qué hablan? —Preguntó Mía cuando por fin bajó a desayunar, al mismo tiempo que asestaba un gran mordisco a una de las tantas panquecas que había servidas en la mesa.

—Hay mermelada y queso en la nevera, querida. —Agregó Amanda.

—De nada, solo hablábamos de que mejor sigo comiendo estas deliciosas panquecas porque te conozco y sé que por ti no me dejarías ni una. — Respondió Julián en un tono muy jocoso para que luego todos rieran un instante hasta terminar de desayunar.

Todas las mañanas eran iguales para ellos, y por más que pudiera parecer monótono o rutinario, los tres disfrutaban mucho los desayunos juntos en casa. Era un momento especial en el que se contaban chistes, se gastaban bromas unos a otros, se preguntaban cómo marchaban las cosas de cada quien y la pasaban muy bien como familia.

—Bueno, ya tengo la barriga llena, ya me puedo ir tranquilamente. Exclama Julián viendo a Mía con una sonrisa pícara.

—Si no me apresuro me dejas sin desayunar. —Replicó Mía, riendo casi con tatas carcajadas como lo hiciera Amanda quien no agregó nada más que un beso a ambos antes de que se marcharan.

Julián se despidió de Mía con un beso en los labios que sabía más a amistad que a pareja, aunque a ambos les sabía muy bien aquello. Mía, con su falda de cuadros y su camisa blanca de mangas largas, parecía toda una colegiala de revista norteamericana, la típica niña guapa del colegio.

Ya en el auto de Julián, un Nissan sedán del año, Mía hizo lo que mejor sabía hacer: todo a su antojo. Mía era la consentida de su padre y podía manipular el radio del auto como ella quisiera, por lo que sintonizaba la emisora que más le provocara, aun cuando eso pudiera significar interrumpir algún programa en específico que Julián se encontrase escuchando antes de que ella quisiera imponer sus caprichos.

Julián jamás se resistía, no oponía siquiera resistencia. Para él, era todo un deleite ver a Mía cantar y bailar en el auto camino a clases. Veían en ella algo de la rebeldía y al mismo tiempo espontaneidad que lo enamoró de

Amanda, sentía que ella era sin duda una extensión de la mujer que más ha amado en su vida, la misma con la que vivió la experiencia de ser padre, y pensar en esas cosas mientras conducía para ir a dejar a su hija en clases antes de irse al trabajo, era algo verdaderamente placentero para él, que le permitió continuar el día con muy buen bien y con excelente humor después de tan delicioso desayuno y agradable momento en casa como familia.

Julián iba muy bien vestido esa mañana, al igual que todas las mañanas. A él le iba muy bien en su trabajo. Comenzó como el hijo del dueño al que no le dieron ningún privilegio por ello, pero en apenas unas semanas pasó de ser obrero a encargado de producción, y así fue escalando posiciones con el pasar de los años hasta llegar a ser presidente de la compañía y socio mayoritario con su padre.

Julián siempre ha dicho que parte de su éxito se debe a Amanda, no solo pro inspirarlo a ser cada vez más profesional, sino porque siempre estuvo allí, en las buenas y en las malas, para ayudarlo a crecer pero también para tenderle la mano cuando cayó y debió levantarse de nuevo y seguir adelante.

Amanda no es necesariamente una típica ama de casa convencional, nunca lo ha sido y nunca lo será. Ella Es una mujer emprendedora que sabe administrar y liderar, por eso se encargó del hogar durante tantos años, pero también se dedicó a hacer varias actividades además de estar en casa.

Esa mañana en la que Julián llevaba a Mía al colegio, él no sabía que mientras conducía ya para ir a su oficina luego de dejar a su hija en clases, Amanda disfrutaba de sí misma en casa.

Amanda era en esos días, y todavía lo es, una mujer muy sexy. Es lo que muchas personas llamarían hoy en día un MILF, una mujer que supera los 30 años de edad, que incluso está casada con hijos, pero que luce realmente ardiente. Por Amanda no solo es una mujer hermosa con un cutis perfecto y un rostro tan agraciado que parece un ángel, una flor convertida en persona como regalo de los dioses.

Esa mañana, esa mujer tan sexy usaba apenas una bata cuando terminaba de tomar una taza de café para ir a darse una ducha espumosa antes de irse al gimnasio. Amanda tenía un cuerpo espectacular que debía a las varias horas diarias que dedicaba a entrenar, combinadas con un par de cirugías menores en las que terminó de perfeccionar su figura gracias a lo bien que les iba económicamente por lo exitosa que era la carrera de Julián como presidente de la compañía.

Debajo de la bata, Amanda no llevaba nada. Estaba absolutamente

desnuda. Nadie podía verla, estaba sola en su casa, protegida del mundo exterior y de cualquier mirada prejuiciosa. La bata se le aflojó un poco mientras ella pensaba en que debía ir al gimnasio antes de que se le hiciera muy tarde, y recordó a un chico que vio un par de días en el centro de entrenamiento cardiovascular y desde que hasta ahora no volvió a saber más.

Reflexionó por un instante acerca de la gran cantidad de personas con las que nos topamos en algún lugar, esas que de cierto modo nos marcan, que hacen o tienen algo que nos hace recordarlos y esperar verlos de nuevo, aunque eso nunca llegue a suceder.

Tal vez este era el caso con este chico. Tal vez nunca lo volvería a ver. Pero esa mañana, mientras lo recordaba luego de pensar en que debía bañarse pronto para ir al gimnasio, la bata se le corrió un poco y Amanda se encontró a sí misma con un seno al aire, presionándolo con sus propias manos al mismo tiempo que se pellizcaba los pezones recordando aquel atlético, musculoso y sudoroso joven.

Para Amanda no había nada más sexy esa mañana que ese chico, o por lo menos su recuerdo. Dicen que cuando recordamos mucho algo, cuando evocamos una memoria, nuestra mente termina por transformarla hasta convertir ese recuerdo en algo más, que probablemente diste mucho de la realidad.

A Amanda no le importaba nada de eso, ni siquiera lo pensaba. Ella solo recordaba los brazos fuertes, musculosos, bien definidos y bañados en sudor de aquel guapo ser que entrenaba cerca de ella. Amanda lo imaginaba sin camisa, y mientras lo hacía se atrevía a recrear unos abdominales perfectos, también sudorosos. Tal vez parte de su placer en imaginar a aquel chico tan sexy se basaba en su estampa de macho vigoroso sudado que a pesar de estar así, lucía impecable.

—¿Cómo puede un hombre estar tan sudado y tan bien peinado al mismo tiempo? —Se preguntaba Amanda mientras se imaginaba a ella misma de rodillas frente a aquel monumento de persona, ese dios griego que le atormentaba la imaginación y jugaba con su mente.

Se recostó en la cama, pensó en muchas cosas, en situaciones en la que aquel caballero joven y atractivo se le acercaba. Fantaseó con que los dos se quedaran a solas en el gimnasio, pensó en cómo sería conversar con él, imaginó diálogos tan tontos como ficticios que la hicieron desistir de esa idea para ir directo al grano.

Cuando ya por fin lo imaginó desnudo, ella también lo estaba sobre su

cama, abierta, lista para ser penetrada por un gran pene de goma que había comprado hacía unos meses desde que ella y Julián habían hecho aquel pacto en la fiesta de los quince años de Mía.

Primero lamió aquel juguete morado imaginando que era el miembro del joven anónimo de grandes bíceps. Ella imaginaba sus antebrazos sosteniendo aquella viga de carne que ella no paraba de devorar en su imaginación, y que en la vida real era un falo de goma que ella ya no podía babear más.

Lo introdujo en su boca, lo rozó más de diez veces con sus labios, lo humedeció hasta convertirlo en un tronco inundado de hilos de su saliva que representaban el placer y las ganas de una mujer un poco mayor que moría de deseos carnales. Siguió introduciéndolo hasta rozar su garganta con la punta de aquel poste de placer y goma, y luego se deleitó con sus propios pezones.

La euforia, la excitación, el calor del momento hicieron que sus pezones parecieran dos leves volcanes, delicados y finos, esperando por unos labios que quisieran empujarlos hasta el máximo del placer.

La piel de Amanda siempre ha sido blanca en extremo, parece una especie de Ángel que ilumina el sitio donde está por la blancura que irradia cuando está desnuda. Esa mañana, mientras Julián estaba atendiendo negocios, su esposa, la misma a que no follaba desde hacía años, estaba en posición de perrito, penetrándose a sí misma, pensando en un chico más joven que ella que la inundara de placer.

Suave entraba y suave salía hasta que la intensidad se apropió del momento y la velocidad aumentó de formas placenteras, a ritmo ascendente, cada vez más acelerado, cada vez más apurado por alcanzar el tan ansiado placer, hasta que Amanda no pudo evitar lo inevitable: estallar en dos orgasmos consecutivos y posteriormente quedar tendida sobre la cama mientras Julián salía de la compañía directo hasta un museo donde su empresa debía exponer un producto, que casualmente coincidía con un evento literario donde se presentaba un libro de un escritor local bastante reconocido.

Mientras Amanda nadaba en deliciosos y muy placenteros orgasmos, Julián entraba al museo de las bellas artes para supervisar una exposición donde los encargados de relaciones públicas debían realizar una especie de preventa, un evento donde estarían presentando un nuevo producto que lanzarían ese año, además de

Julián, tal como salió de casa, llegó al museo muy bien vestido. Camisa blanca muy bien planchada, corbata azul que hacía excelente juego con el traje que llevaba puesto y con sus ojos que parecían ser como agua del

océano.

—Cuando escribí este libro estaba inspirado por los dioses de la literatura y las demonias de la lujuria. Nada podía salir mal de esa combinación. —Expresaba un tal Esteban Rey, autor de un libro aparentemente romántico con toques eróticos, que se estaba dando a conocer esa mañana en el museo.

Julián, que solo estaba allí para supervisar la presentación de su empresa, estaba un poco fastidiado y salió del salón donde sería la exposición, para recorrer los pasillos del museo y tropezarse con aquellas palabras que le parecieron acartonadas, falsas, e incluso un poco chocantes por el tono egocéntrico y medianamente arrogante en el que percibía los comentarios de aquel sujeto canoso que se autoproclamaba como un gran escritor y poeta.

—¡Qué tipo más pesado! ¡Seguro ni siquiera ha follado en meses, por no decir que años! —Exclamó una joven y muy atractiva morena de ojos claros que estaba parada justo detrás de Julián, al lado de una columna gigantesca y frente a unos cuadros de exposición fija que se mostraban en los pasillos del museo.

Julián no hizo otra cosa más que reírse y voltear, y al ver a semejante mujer tan hermosa, no pudo evitar sonreír. El comentario era ácido, ofensivo, pero también muy acertado o al menos pertinente. La chica tenía razón, el sujeto hablaba del sexo y de otras cosas como si fueran algo muy cotidiano en su vida, pero la verdad en estampa parecía ser todo lo opuesto.

—Qué señor más aburrido. ¿No te parece? —Preguntó la dulce joven mientras extendía su mano para estrechar la de Julián— Soy Lucy, por cierto.

—La verdad es que sí, Lucy. El señor me parece no solo un poco aburrido, sino que es incluso algo ególatra, ¿no te parece a ti? Mi nombre es Julián. Estoy aquí por otros asuntos y quise pasar a ver de qué iba esto, pero creo que mejor me quedo con los cuadros, que sin hablar parecen decir cosas más interesantes.

—Me agrada tu punto de vista, tanto sobre el supuesto escritor este, como eso de los cuadros. ¿Acaso no son los cuadros un reflejo de las realidades? ¿Existirá un cuadro que refleje las cosas que dices este señor? —Preguntó Lucy en tono filosófico sin soltar la mano de Julián.

—No lo sé, no lo creo. Pero de haberlo, ojalá no sea tan parlanchín.

Luego de unos segundos, Julián finalmente soltó la mano de Lucy. La miró un segundo a los ojos y se perdió en ese verdor profundo, pero luego, en apenas un instante, se salvó de la prisión que era la mirada de la chica para hundirse en las profundidades del paraíso de sus curvas.

Mirándola de arriba abajo y viceversa, quiso preguntarle un par de cosas pero no se atrevió, o no pudo, las palabras parecían atorársele en la garganta mientras trataba de expulsarlas, y Lucy aparentemente notó aquello.

—Yo, escritora y profesora de filosofía, vine aquí a tomar nota de esta presentación para luego preparar una clase para mis alumnos, pero la verdad es que creo que mejor pospongo esto a ver qué otro escritor podemos estudiar este semestre, porque para serte franca, no me anima ni un poco que mis alumnos lean a este señor, y mucho menos me entusiasma la idea de tener que leer más de treinta ensayos literarios sobre esto que acabamos de escuchar.

—Te entiendo. Te entiendo perfectamente. —Alcanzó a balbucear Julián, aún preso de la estampa de Lucy quien con su cabello rizado y su sonrisa perfecta, lo tenía hechizado desde el primer instante en que le habló, porque hasta su voz parecía perfecta, era para él como una especie de canto de sirena del que no podía ni quería escapar.

—¿Por qué mejor no damos una vuelta y vemos el resto de cosas interesantes que este museo tiene? ¿Es tu primera vez en estas instalaciones?

—Sí. Como te dije, vine para supervisar una exposición que en realidad no tiene nada que ver con arte, y como aún no comienza y por lo visto aún le falta demasiado, pues decidí dar una vuelta. Lo que no esperaba era que lo que me encontraría sería tan interesante. Y te digo una cosa, obviamente no hablo del supuesto escritor este que tenemos al frente. —Dijo Julián señalando de reojo a Esteban Rey, quien no paraba de repetir su discurso de hombre sapiosexual y devorador de lectoras.

—¡Oh! Cierto, qué pena. No quisiera interrumpir tus deb...

Lucy no había terminado de hablar cuando Julián la tomó de la mano y se fue con ella a recorrer los pasillos del museo. Las instalaciones eran enormes.

—Mira este cuadro, por ejemplo. Parece sacado de una película de terror, al mismo tiempo que pareciera ocultar un secreto muy oscuro.

—Tienes razón, pareciera haber algo de fondo, algo que la mujer de la ventana quisiera decirnos pero no puede. Si tan solo pudiera hablar, si tan solo tuviera las mismas libertades que el tonto fanfarrón ese que está presentando su libro.

MIENTRAS LUCY y Julián admiraban una pintura de un artista local, conversaban sobre lo que cada uno apreciaba en ella, que parecía ser

semejante. El comentario de una solía coincidir con el del otro, lo que los hacía sonreír a medida que avanzaban los segundos juntos.

—Mira ese que está allá al fondo del pasillo, iluminado por luces especiales. Desde aquí no parece ser la gran cosa, pero ese juego de luces lo hace llamar mi atención de una manera increíble. ¿No te gustaría echarle un vistazo? Preguntó Julián, señalando lo que era un cuadro ubicado al fondo de la galería, casi imperceptible ante casi cualquier persona dentro del museo.

Lucy solo asintió con su cabeza y esta vez fue ella quien tomó la mano de Julián para guiarlo hasta aquella obra de arte que se trataba de una gran pintura cuyo protagonista era un anciano que miraba fijamente lo que parecía ser un ocaso bastante abstracto.

—Da la impresión de que estuviera triste ¿No te parece? —Preguntó Lucy como compartiendo un poco del dolor del personaje del cuadro.

—La verdad sí, y para serte honesto, de algún modo de abruma. —Agregó Julián.

—Mira, no me había fijado que aún quedaba otro cuadro en esta galería. Parecía que terminaba con ese, pero fíjate, allá aún queda otro.—Dijo Lucy señalando hacia la derecha, donde estaba lo que parecía un pequeño corredor secreto que daba a alguna especie de recámara oculta por un gran pilar tan grueso como una pared.

Ambos caminaron despacio, como temerosos de adentrarse a algún lugar prohibido. Julián miró un par de veces hacia atrás, como reflexionando sobre lo que dejaba atrás, mientras que a pesar de lo pausado de sus pasos, Lucy parecía estar mucho más enfocada en lo que tenía en frente, sin darle importancia al resto del museo y quizás al resto del mundo.

Al llegar hasta aquel oculto rincón, ambos se deleitaron visualmente con lo que era un cuadro de una mujer vestida de rojo.

—Es hermoso. Todo es hermoso. Ella, el cuadro, su vestido y sus labios rojos. Siento que han escogido bien con ocultarlo en esta sala. Parece una representación interesante de lo que es la pasión espontánea, un tabú, algo que no todo mundo debe ni merece apreciar de cerca. Algo que sencillamente no es para todo mundo, aun cuando se encuentre casi al alcance de todos.

—Tienes razón —Replicó Lucy— La mujer del cuadro luce tan hermosa como imponente, pero más hermosa aún parece ser la metáfora de que hayan dejado este cuadro aquí, solo para quienes se atrevan a acercarse, a air más allá de lo evidente.

—Si me preguntas, este cuadro pareciera estar prohibido. O quizás

simplemente no es para todo el mundo. Tal vez buscaron representar el tabú, o quizás fu solo una excusa del destino para conocerte y poder conversar a solas, lejos de tanta gente, de tantas cosas sin sentido en donde ni tú ni yo parecemos encajar.

Lucy se sintió un poco avergonzada por las palabras de Julián, pero nunca en mal sentido. Todo lo contrario, desde que lo vio, ella no pudo evitar sentirse flechada por él, por eso se atrevió a acercarse hasta donde él estaba e incluso tomar la iniciativa de hablarle.

.—Yo no creo en el destino, no creo que nuestras vidas estén escritas y que ya todo lo que nos va a suceder esté programado. Me gusta más creer que nuestras acciones son el cúmulo de la combinación entre las decisiones que tomamos día tras día, más el azar y las cosas que por casualidad se colocan en nuestro camino.

Lucy dejó de sentirse avergonzada para entrar en una especie de calor coincidencia en el que ambos parecían estar absolutamente de acuerdo. Lo mismo que Julián le decía, ella ya lo pensaba, y lo que ella sentía, esa atracción y ese deseo a punto de desbordar su cuerpo, parecía verse reflejado en los ojos de él.

—Te discutiría eso de la casualidad, porque la verdad es que desde que te vi no dudé un segundo en querer hablarte, pero luego lo pienso un instante y sé que sí, hubo mucha suerte en encontrarnos aquí, porque ni tú ni yo sabíamos de la existencia del otro, mucho menos de que estaríamos en este sitio a esta hora.

—¿Acaso crees en el destino?

—Prefiero creer en el profundo de tus ojos mientras me hablas, que parecen conservar lo espeso de la verdad. Cuando me miras de frente, así como lo haces ahora, siento que es casi imposible que me mientas. No puedo asegurarlo, apenas hoy te estoy conociendo, no sé nada de tu vida. Pero siento la necesidad de hacer esta pequeña confesión aquí frente a este cuadro y en este escenario en el que parece que nos hemos olvidado del mundo exterior.

Las palabras de Lucy no hicieron más que enamorar a Julián de inmediato. La miró fijamente, bajó un poco su mirada para que sus labios coincidieran con los de ella y la besó tan profundamente como el momento y el lugar se los permitió. Nadie los veía, a pesar de que el museo estaba repleto de personas. Ninguno pensó en otra cosa, también a pesar de que Lucy debía estar cubriendo la noticia de la presentación del libro y de que la exposición

del producto de la empresa de Julián ya había comenzado.

Lucy era morena, de carnes firmes y sedosas. Su piel un poco oscura al mismo tiempo que suave y hasta provocativa. Esa mañana ella llevaba puesto un vestido que le quedaba perfecto en su humanidad, tela que Julián pudo acariciar mientras su lengua entraba en la boca de ella.

Julián se dejó llevar por el momento, se olvidó de todo, del museo, de las personas, del evento al que había ido. Julián se olvidó por un momento de que era un hombre casado con una hija, y solo se dejó llevar por el momento, por la suerte y la casualidad de haber conocido a Lucy en ese lugar, de haber coincidido con semejante mujer que además también gustaba de él. Era una casualidad casi inimaginable. Las probabilidades de que algo así le sucediera, eran demasiado bajas por no decir que imposibles.

Julián continuó besando a Lucy hasta que las ganas de ambos fueron más grandes que todo el museo. Se besaron, se tocaron el uno al otro. Ella colocó sus manos, ambas manos por encima del pantalón de él y pudo notar que tenía una erección muy fuerte, mientras que Julián, también un poco sorprendido por todos los efectos que Lucy estaba teniendo en su cuerpo, se dejó llevar y la acarició por completo, incluyendo las nalgas, esas firmes y redondas nalgas que no podía ni quería dejar de apretar con sus manos.

Subió un poco la falda para notar que Lucy no traía nada debajo de esa renda, porque así era ella, una mujer a la que le gustaba sentirse libre en todos los sentidos posibles. Julián deslizó su dedo medio justo entre las piernas de Lucy hasta que ya no hubo más espacio y entró donde desde hacía minutos quería entrar.

Por un segundo, ambos parecieron recordar el lugar donde estaban. Se encontraban besándose y tocándose en un museo frente a un cuadro, a una obra de arte que era la única cómplice del amor que estaban por hacer entre los dos. Luco volteó su mirada, vio para el pasillo que dejaba detrás de ella, pero cuando hizo eso para cerciorarse de que no viniera más nadie y de que no los estuviesen mirando, Julián aprovechó la oportunidad, se arrodilló detrás de ella, le mordisqueó un poco las nalgas, luego posó su lengua sobre ellas mientras introducía par de dedos en la vulva que estaba convertida en todo un río.

Para cuando Lucy pudo recobrar el conocimiento porque estaba como desmayada de la excitación, Julián ya la estaba penetrando sin parar en aquel pasillo, ambos detrás de un pilar del tamaño de una pared, asomados a medias, pendientes de que nadie los viera al mismo tiempo que se entregaban

sin tregua al placer.

Julián no podía ni creer lo que estaba haciendo. Tenía años sin disfrutar del sexo de aquella manera. Se disfrutó por completo ese precioso y magnífico cuerpo tropical, y no paró hasta que primero vio y escuchó jadear a su amante alcanzando el orgasmo, para acto seguido estallar afuera de ella, depositando todo su semen sobre esas nalgas tan perfectas.

Eso pasó hace 5 años. Hoy en día, Julián ya tiene bastante tiempo saliendo con Lucy, llevan una relación informal en la que ella ha intentado varias veces llevar todo un poco más allá pero Julián desde siempre se lo ha explicado, que él tiene un acuerdo con Amanda y debe cumplirlo.

Por su parte, Lucy siempre lo ha entendido, nunca ha querido tener problema con Julián en ese sentido, pero está tan enamorada de él, que siempre que tiene la oportunidad, le pregunta hasta cuán estará en vigencia ese trato que él tiene con Amanda.

Desde entonces, Julián quedó flechado de Lucy, no solo por su magnífico cuerpo, sino por su manera filosófica de ver la vida, por las muy interesantes conversaciones que han tenido desde ese instante en el que se conocieron, y por el sexo tan fogoso, candente y sin igual que Lucy le ha dado desde esa primera vez. Ellos son amantes muy calientes, se adoran como personas, se aman, pero sobre todo se desean demasiado el uno al otro.

Julián se ve con Lucy cuatro o hasta cinco días por semana pero nunca se queda a dormir con ella a pesar de que Lucy siempre le insiste que pasen la noche juntos. Julián lo desea, él quisiera poder dormir con ella, pero por nada del mundo le fallaría a Amanda y el trato que hizo con ella durante la fiesta de los quince años de Mía.

Hoy, en el presente, Julián, como de costumbre, va llegando a casa tarde luego de haber pasado todo el día en el trabajo para luego compartir el resto de la tarde y parte de la noche junto a Lucy. Para no variar, ella le pidió que se quedase pero obviamente él solo sonrió, demostrándole a Lucy que aunque él quiere mucho poder complacerla, sencillamente no puede porque es un hombre de palabra, respeta mucho a Amanda y ama demasiado a Mía. Porque al final de cuentas, todo aquel acuerdo se debe principalmente a la felicidad de Mía.

Julián entra por la puerta principal tratando de no hacer ruido, igual que como lo hace todas las noches luego de haber estado con Lucy, para no despertar a nadie, para no causar molestia, y sobre todo, para que Mía no vea ni sospeche nada y así no se haga preguntas a ella misma ni a sus padres. Sin

embargo, Amanda estaba en la cocina tomando agua.

Esbelta, sexy, con unos senos perfectos que fueron operados luego del nacimiento de Mía. Así estaba Amanda, con una bata muy fina sin nada debajo, dejando notar su perfecta silueta, la misma que lamentablemente ya no despertaba mayores sentimientos en Julián así como él en ella tampoco. No se trataba de que no se quisiera, por el contrario, ambos se tenían un aprecio magnífico, pero todos los intentos fallidos por tener ese segundo hijo, y toda la monotonía en la que cayó la vida sexual de ellos como pareja, hizo que lo físico entre ellos muriera.

Ambos se vieron, ella no lo esperaba, ella sabía que él salía todas las noches, o casi siempre, y regresaba muy tarde. Ella solo ignoraba aquello como habían acordado, pues el trato era que ambos debían ser muy discretos.

Ella lo vio, él la vio. No se dijeron nada. Era como un secreto a voces, era como callar lo evidente. Él subió al cuarto, ella se quedó en la cocina pensando y recordando cosas y luego se fue al sofá de la sala a seguir ocupando su mente en cosas en las que no podía dejar de pensar, cosas agradables, cosas interesantes, cosas que ella ocultaba y que nadie más podía ni debía saber. Porque durante esos 5 años que habían transcurrido después de aquel acuerdo en la fiesta de Mía, Amanda también guardaba un secreto.

CAPITULO 3

Una tarde, cuando Mía ya estaba por cumplir los 16 años de edad, su madre, Amanda, la llevó como de costumbre a sus clases de natación.

—¿Tienes todo?

—Sí, mamá. —Respondió Mía levantando una ceja en ese gesto odioso que suelen hacer los adolescentes de esa edad cuando los comentarios sobre protectores de sus padres parecen ser un tanto molestos para ellos.

—Yo solo me preocupo por ti, por que lleves todo y te vaya de maravilla en tus clases, deberías agradecerme porque la última vez que te lleve hasta casa de tus amigas, dejaste tu bolso olvidado en casa y luego tuve que ir a llevártelo.

—Tienes razón, mamá. Pero eso fue una sola vez y no ha vuelto a suceder. —Replicó Mía.

—Bueno, es cierto que fue solo esa vez que se te quedó el bolso. Pero varias veces has dejado las llaves, incluso en días de escuela has dejado tu carnet y tu identificación, y en más de una oportunidad también has dejado hasta las llaves.

Mía no hizo más que reírse, sabiendo que su mamá tenía toda la razón, y la propia Amanda, al ver la sonrisa de Mía, dejó el tono de madre estricta para reírse también un poco de la situación y de lo descuidada que suele ser su hija.

Ambas se fueron en el auto de Amanda, un Neón último modelo que con varios años de esfuerzo y trabajo en la compañía de su papá, Julián había podido regalarle. Era gris con adornos plata, y un reproductor de música con el que Mía suele jugar cada vez que puede.

Mientras iban camino al gimnasio donde estaba la piscina en la que Mía recibía sus clases de natación, Amanda recordó que debía realizar una llamada para confirmar la cita con el dentista que planeaba ejecutar esa misma tarde al dejar a su hija en clases.

—Hasta luego, hija. Me escribes para buscarte. —Fueron las palabras de Amanda al despedirse de Mía luego de dejarla en el gimnasio, mientras que Mía, como toda adolescente, sintió pena de despedirse con un beso frente a sus amigas, que la estaban esperando a la entrada del lugar.

—Buenas tardes. Le habla Amanda. Llamo para confirmar la cita que tengo para hoy. —Dijo Amanda por teléfono mientras hablaba, aún sin mover su vehículo de la entrada del gimnasio.

Del otro lado de la llamada le confirmaron la cita, y Amanda, una vez que colgó, encendió de nuevo el auto y condujo directo hasta clínica dental. Al llegar, estacionó su vehículo justo frente a la entrada. Era un lugar bastante moderno, con puertas corredizas que a los lados tenían cornetas que se activaban al pasar las personas, emitiendo mensajes de voz de saludos si alguien entraba, y de despedida si alguien salía. Era toda una maravilla moderna aquel lugar.

Una vez que dio un par de pasos dentro de la clínica dental, se dirigió de manera directa hasta la recepción donde una joven rubia de poco más de veinte años de edad y con dentadura tan perfecta como su cabellera larga y lisa, la cual la atendió de inmediato.

—Buenos tardes, ¿en qué podemos servirle?

—Hola, yo llamé hace poco por...

Amanda no había terminado de hablar cuando fue interrumpida de nuevo por la chica de recepción.

—Claro, usted es la señora Amanda. Desde luego. Ya la hago pasar con el doctor Orlando.

—Perdona, pero debe haber un error. Mi médico desde siempre ha sido el señor Curiel.

—Disculpe, creo que usted no lo sabe. El señor Curiel se fue del país hace un tiempo, ya no trabaja aquí. Pero el doctor Orlando Ha estado atendiendo a todos sus pacientes durante este tiempo, desde que él se fue, y todo ha ido de maravilla. Seguro usted apenas lo conozca, verá que...

—Un momento. ¿El señor Curiel se fue del país y nadie me notificó ni siquiera cuando llamé para apuntar mi cita?

—Creíamos que usted ya sabía. Como le acabo de decir, el señor Curiel

se fue hace tiempo ya. Si no se le notificó debe haber sido porque usted no estaba activa en cuanto a citas aquí en la clínica. Le pido que por favor nos disculpe, si desea ser referida a otro dentista, podemos hacerlo también.

—No se trata de eso —Replicó Amanda— yo no tengo nada en contra del supuesto doctor Orlando ese, pero me parece que debieron avisarme antes. De verdad creo que eso no estuvo bien de parte de ustedes. Es cierto que fueron varios meses los que tardé sin volver por acá, pero nadie viene al dentista todas las semanas. Yo soy una de las más antiguas pacientes de esta clínica, de verdad creo que...

Amanda no había terminado de expresar su inconformidad y las razones por las que le molestaba lo ocurrido, cuando vio salir a un hombre joven, moreno, calvo, de alta estatura y con una sonrisa perfecta en sus labios.

Ese hombre era Orlando, el nuevo dentista. Acababa de despedir a una paciente, pasando por un lado de Amanda, acompañando a la otra mujer hasta la puerta de la salida en un gesto de increíble caballerosidad que casi ningún médico podría tener en estos días.

—Él es el doctor Orlando. —Dijo la chica de recepción tratando de ser amable con Amanda y entendiendo perfecta su molestia.

—Está bien. —Respondió Amanda.

—Buenas tardes, señora. Mi nombre es Orlando, soy el médico que está atendiendo a los pacientes del doctor Curiel. Pude escuchar que no está usted muy a gusto con que el señor Curiel se haya marchado sin notificarle, pero le ruego que lo disculpe. Estoy seguro de que usted fue una de sus más asiduas pacientes, pero el pobre tuvo que tomar un vuelo muy de prisa para aprovechar una grandiosa oportunidad que recibió para ir a trabajar y establecerse en uno de los más grandes laboratorios dentales de Europa. Comprenderá usted que vida a veces nos da oportunidades gigantescas, demasiado como para no verlas, y por supuesto que no podemos dejarlas pasar. Una vez más, le ruego que lo disculpe a él, pero sobre todo que nos disculpe a nosotros, porque nuestro deber fue llamarla y comentarle lo sucedido. Lo que pasa que entre tantos pacientes, a veces se nos hace difícil atender por teléfono a todos, y nos enfocamos en los que están más activos. Pero hagamos algo, dejemos que esta consulta de hoy corra por nuestra cuenta. Sé que debe tener dudas, sé que el doctor Curiel es un magnífico dentista, no en vano recibió su grandiosa oportunidad para trabajar en Europa. Mi propuesta es que me permita atenderla personalmente, le prometo que no se arrepentirá, y como ya le dije, esta consulta es gratis, va por cuenta

de la clínica. Y si por alguna razón usted no queda satisfecha, con todo gusto y responsabilidad la podemos referir a otro médico. ¿Le parece? ¿Está usted de acuerdo?

Hacia rato que Amanda había dejado de escuchar a Orlando para dedicarse únicamente a detallar toda su estampa. Era guapo, joven, muy atractivo y además muy elocuente y educado. Orlando era de esos hombres que con solo hablar un segundo ya podía enamorar a una mujer, y no con armas de seducción, sino porque simplemente era un hombre de verdad muy culto y lo dejaba notar en sus palabras al tratar el tema que fuera.

—Vamos, no sea tímida —le dijo Orlando a Amanda a verla sonreír sin emitir palabra alguna— vamos hasta mi consultorio y veamos cómo estamos para saber cómo proceder. Estoy seguro de que lo suyo es solo limpieza, pero igual debemos hacer un chequeo por si acaso.

Amanda siguió sonriendo mientras se dejó llevar por Orlando de la mano. Atravesaron un pasillo bastante estrecho, giraron a la derecha y continuaron por otro pasadizo de mejor tamaño hasta entrar a un consultorio cuya entrada estaba al final de ese corredor. Una puerta blanca de madera muy fina que al abrirse dejó ver todo un arsenal de equipos médicos dentales de la más alta tecnología.

—Tome asiento. —Dijo Orlando al hacerla pasar, señalándole una camilla de lo más cómoda y moderna, con soportes ergonómicos automáticos que funcionaban por cuenta propia y podían ser controlados por un dispositivo remoto que él tenía en el bolsillo de su bata.

Amanda lo miró de pies a cabeza, se dejó hipnotizar durante un par de segundos por la sonrisa del muy atractivo nuevo dentista, y decidió que se dejaría atender por él solo por la curiosidad que despertaba en ella aquel hombre de piel morena y muy interesante estampa.

Al sentarse en la camilla, Amanda se dejó llevar por todas las órdenes que Orlando le dio. Primero aceptó inclinarse un poco mientras él accionaba los mecanismos que le brindaron mayor comodidad. Luego, él colocó sobre el pecho de ella, una especie de tela protectora que servía para proteger su ropa de posibles manchas que pudieran ocasionarse durante la consulta. Una suerte de babero moderno para pacientes dentales.

Mientras sus fuertes manos colocaban aquella pieza de tela sobre el pecho de Amanda, ella no pudo evitar sonrojarse como tampoco pudo evitar sentir curiosidad de aquellas grandes y fuertes manos que por momentos rozaron sus senos aún cubiertos por una blusa y un sostén, aunque ambas prendas

parecían rogar por desaparecer y dar libertad a un par de magnolias operadas de manera perfecta, siendo una magnífica obra maestra de uno de los más importantes cirujanos estéticos de la ciudad.

Amanda, a su edad, era una mujer muy bien conservada. Haber tenido a Mía tan a temprana edad causó en ella lo que muchos llamarían el efecto MILF, ese de ser una mujer mayor, de 40 o más años de edad, pero al mismo tiempo ser también igual o hasta más atractiva que una mujer mucho más joven de quizás incluso veinte años menos.

Amanda tenía literalmente muchos años sin sentir esas cosquillas que estuvieron embargándola durante toda esa consulta. Por momentos sintió deseos de salir corriendo, quizás por temor o vergüenza de que el dentista Orlando supiera o conociera sus pensamientos. Hubo instantes en los que ella solo pensaba en cómo se sentiría que el propio Orlando le quitara la blusa y el sostén con sus manos y luego se asustaba al imaginar que sus ganas y sus deseos oscuros pudieran ser detectados por Orlando que realmente solo se dedicaba a hacer su trabajo mientras Amanda moría de nervios.

—Bueno, ya le hemos tomado una muestra de rayos X a la dentadura, ya hemos hechos una revisión total, y todo parece estar en orden. No veo problema alguno para proceder a hacer la limpieza, salvo que debemos esperar por lo menos 24 horas para terminar de comprobar todo con la radiografía, y si todo está como parece estar, desde mañana ya podremos avanzar con el procedimiento de limpieza que parece ser lo único que requiere por los momentos, y aprovecho de felicitarla por conservar tan en buen estado sus dientes.

Amanda sonrió por un instante ante las palabras de un Orlando que sonaba tan sabio, amable, y sobre todo, muy profesional y al mismo tiempo con mucho tacto para tratar a las personas. Amanda se preguntaba si Orlando sería así con todas sus pacientes o solo con ella. Luego pensó que su duda era más egocéntrica que otra cosa, y se preguntó otras cosas más a sí misma, como si las otras pacientes de Orlando sentirían lo mismos que ella. Luego recordó lo que vio en él al llegar, cómo acompañó a esa otra paciente hasta la puerta, y ahí entendió que simplemente se trataba de un dentista muy profesional y atento con sus pacientes, ante el que ella simplemente comenzaba a caer encantada gracias sus atenciones.

Orlando tomó la mano de Amanda, le ofreció una servilleta por si quería limpiarse o algo, y luego le señaló dónde quedaba el baño por si deseaba usarlo antes de irse, lo cual Amanda agradeció para luego proceder a en

efecto utilizar el baño.

Estando frente al espejo, se preguntaba si ella, con lo conservada que estaba y lo bien operada que había resultado luego de dar a luz a Mía, tendría aún algún tipo de encanto. Ella sabía muy bien que la vida sexual con Julián se había extinguido, pero también entendía que a ambos, tanto a ella como al que legalmente seguía siendo su esposo, les queda algo de gasolina para reencontrar, no solo el amor, sino la pasión de desear y sentirse deseados.

Recogió su cabello por un momento, lo colocó en diferentes formas tratando de hacerse alguna especie de peinado diferente, robó distintas maneras, y con ninguna quedó satisfecha. Se veía a sí misma y se preguntaba si acaso Orlando pensaría que ella fuese atractiva. Ella sabía que lo era, ella tenía la certeza de que para un hombre promedio, ella resultaría interesante, al menos físicamente, pero su duda surgía primero porque Orlando no era necesariamente un hombre promedio, y luego porque no sabía si quiera si Orlando la veía como algo más que una paciente, dado su amplio sentido de profesionalismo con el que trataba a quienes atendía.

— ¿Todo bien? —le preguntó Orlando a Amanda, mientras ella salía del baño luego de que él estuviese todo ese tiempo esperando por ella.

—Sí, doctor. Muchas gracias. Me gustaría tomar mi próxima cita para mañana mismo, si está usted disponible.

—Yo lo estoy, sin duda. Pero recuerda que debemos esperar los resultados de los rayos X para ir más seguros.

.—Yo creo que si apuntamos mi cita para última hora de la tarde, da tiempo de tener esos resultados en mano y poder avanzar con lo que sigue a continuación.—Comentó Amanda mientras ambos caminaban por los pasillos de la clínica, esta vez ya de regreso a la salida donde la recepcionista rubio aguardaba por ellos para afinar detalles de pagos.

—Tiene usted toda la razón, señora...

—Amanda. Puedes llamarme Amanda. —interrumpió ella, tratándolo de tú, dándole a entender a Orlando que podía existir confianza entre ellos.

—Muy bien, Amanda. Ya sabes que mi nombre es Orlando. Te dejo con mi secretaria para que afines los detalles de la cita de mañana, te espero por aquí luego de las 4pm.

Orlando, al despedirse de Amanda, tuvo el instinto de darle un beso en la mejilla, algo que Amanda notó que él no hizo con la paciente anterior, a

pesar de haberla acompañado hasta la puerta como acababa de hacer con ella. Ese gesto de parte de Orlando, hizo que Amanda se sintiera un poco complacida. No sabía si lo había hecho a raíz de que ella le pidió que la llamara directamente por su nombre, pero igual planeaba no faltar a esa cita.

—Gracias, doctor. Mañana nos vemos. —Dijo Amanda, agregando una sonrisa a su despedida para luego dirigirse a la secretaria.

—Bien, ¿para cuándo necesita su próxima cita? —Preguntó la joven rubia.

—Para mañana está bien. ¿Podría ser la última?

—Está bien. Mañana a las 5pm la estará esperando el doctor. Puede que a esa hora la clínica luzca cerrada, pero él estará aquí hasta las 6 pm. Trate de no llegar tan tarde para poder garantizarle que será atendida.

—Me parece estupendo. Justo a las 5 en punto yo estaré aquí.

Y diciendo eso, Amanda se marchó hasta su automóvil sin dejar de pensar en que tal vez estaba cometiendo un error pero la única manera de saberlo era intentándolo. Encendió su vehículo, y cuando aceleró para marcharse, vio que tenía un mensaje en su celular, era Mía, pidiéndole que la fuese a buscar en la piscina del gimnasio.

Amanda condujo varios minutos hasta el gimnasio con una sonrisa que solo tiene una mujer cuando siente cierta emoción, cierta sensación de que las cosas van bien. En el caso de Amanda, se trataba del hecho de que por fin, después de tanto tiempo, había comenzado a sentir deseo por alguien.

—¿Y esa música? —Preguntó Mía al abordar el auto de su mamá, quien traía puesta una emisora que había sintonizado antes de alejarse de la clínica y donde estaban colocando música de cuando ella era adolescente.

—Bueno, hija. Es mi carro. Por un día en el que yo elija la música que suene en él, no pasará nada malo. ¿O sí? —Comentó Amanda riendo, de muy buen humor. Mía no hizo más que encogerse de hombros ante el humor de su mamá, y sobre todo ante lo acertada de sus palabras, pues después de todo, ella era la dueña del auto y tenía derecho de colocar la música que ella quisiera. Lo raro o extraño provenía del hecho de que Amanda casi nunca lo hacía, parecía estar celebrando algo. Mía prefirió no preguntar, y en el camino a casa hablaron de las clases de natación, de cómo le fue esa tarde en la piscina, y de una salida juntas que tenían pendiente y que debería ejecutar en los siguientes días.

Llegaron a casa, prepararon cena juntas, comieron juntas, y aún luego de varias horas, Julián, como de costumbre, no estaba.

—¿Otra vez mucho trabajo en la compañía? —Peguntó Mía.

—Sí, hija. Ya sabes que gracias a que tu papá trabaja tan duro es que podemos llevar la vida cómoda que tenemos. Hay que agradecerle tanto...

Mía una vez más se encogió de hombros como la típica adolescente que era, y subió a su cuarto, no sin antes ayudar un momento a su mamá con los platos sucios.

Al llegar lo profundo de la noche, ya casi de madrugada, Julián apareció, como casi todas las noches en las que llegaba tan tarde, tratando de no hacer el más mínimo ruido. Revisó la cocina, encontró un plato de comida para él, lo devoró en apenas unos minutos, sentado en el mesón, reflexionado sobre la extraña vida que llevaba y recordando lo delicioso que había sido el sexo oral que Lucy le había dado hacían apenas algunos minutos, como un agradable y placentero regalo de despedida que ella le dio para que no dejara de pensarla el resto de la noche.

Luego de comer, subió hasta la recámara y allí encontró a Amanda dormida, o eso creía él. Se acostó justo a un lado de ella, porque a pesar de que ellos ya no eran realmente una pareja de esposos, seguían durmiendo juntos y aparentando una vida familiar que ya casi no tenían, a pesar de seguir siendo grandes amigos que aún sentían algo el uno por el otro.

Por su parte, Amanda permaneció con los ojos cerrados sin dejar de pensar en Orlando. Su corazón se aceleraba cada vez que pensaba en él, en que debía arreglarse, depilarse, ponerse bella para él. Eso era lo que sentía, la necesidad de hacerse cariños a ella misma para agradecerle a un hombre que recién conocía y que le resultaba extremadamente atractivo.

Mientras ella pensaba en su sensual dentista, Julián terminaba de acomodarse en la cama y conservaba en sí algo del olor del perfume de Lucy. A Amanda no le molestaba en lo absoluto, pero desde luego que podía percibirlo muy bien. El propio Julián se dio cuenta y se cambió de ropa, aun creyendo que Amanda dormía, cuando en realidad no podía hacerlo, como tampoco podía ni quería pensar en otra cosa que no fuese en aquel moreno de sonrisa perfecta.

Fueron pasando los minutos que luego se convirtieron en horas, hasta que entre los ronquidos de Julián, Amanda pudo conciliar el sueño y caer profundamente dormida. A la mañana siguiente, aunque durmió poco, se sentía viva, llena de energía, con ganas de avanzar el día.

Los tres bajaron a desayunar juntos como de costumbre. Julián vestía impecable, igual que Mía. Ambos terminaron de desayunar y se fueron juntos

s cumplir sus respectivos deberes. Todas las mañanas, de forma casi religiosa, Julián siempre llevaba a Mía hasta sus clases para luego él irse a trabajar.

Mientras padre e hija se fueron cada uno a lo suyo, Mía comenzó a prepararse. Primero llamó al spa y solicitó una cita exprés para depilarse lo más urgente posible. Le apartaron el cupo para las once de la mañana, lo que le dio tiempo de sobra para darse un baño con cremas, exfoliar su piel y arreglarse el cabello de manera grandiosa.

Llegó la hora de ir al spa, fue, la atendieron como una reina dándole no solo el servicio solicitado de depilación sino que además le aplicaron toda una serie de masajes que la dejaron totalmente relajada. Cuando por fin terminó su cita allí, ya había pasado mediodía, y haberse saltado la hora del almuerzo, tenía mucha hambre y un poco de dolor de cabeza. Se fue de inmediato a un restaurant, pidió algo ligero para no tener inconvenientes luego, pues ya había seleccionado un pequeño vestido que le quedaba tan perfecto como ajustado, y si comía al menos un gramo de más, no le quedaría tan genial como esperaba.

Llegó a casa, devoró la poca comida que compró y se acostó a tomar una siesta luego de tomar una pastilla para el dolor de cabeza. Despertó 90 minutos después, con mucha hambre, y decidió comerse un par de trozos de frutas que tenía en el refrigerador, para luego darse un baño refrescante.

Cuando salió de la ducha, sus pezones estaban increíblemente duros. Cuerpo lucía perfecto, como una diosa bajada del Olimpo, preparándose para ir a un consulta con el dentista que más había levantado su apetito sexual, algo que hacía años ningún hombre lograba, o por lo menos no a ese nivel.

Se colocó muy despacio el vestido, lo hizo primero sin ropa interior para luego colocarse un pequeño hilo dental que reposaba sobre la cama, pero una vez que se probó el vestido así, sin nada debajo, y estando recién depilada, decidió que lo más fresco sería quedarse así como estaba.

Se hicieron las 4:30 y recibió un mensaje de texto de la clínica justo cuando cogía las llaves del auto y su cartera:

“Le recordamos que tiene una cita hoy al final de la tarde. Por favor confirmar antes de las 5:00pm, o en caso contrario, la cita será cancelada. Gracias.”

Se detuvo un instante en la cochera para devolver el mensaje y confirmar que en efecto ya iba saliendo de su casa para dirigirse hasta allá. Luego se montó en el asiento del chofer, suspiró por un instante y luego sonrió al sentir

el frío del cuero del asiento en sus piernas y en el resto de su humanidad sin ropa interior.

Así, utilizando ese corto vestido, se dirigió hasta el consultorio. Cuando llegó, ya eran casi las 5 y todo estaba como se lo habían pronosticado. El consultorio permanecía abierto, pero no para el público, solo había dos personas dentro, el doctor Orlando, y la señora de limpieza. Ella ya estaba recogiendo sus cosas para irse, y la reja de entrada a la clínica estaba a medio cerrar.

Cuando se bajó del auto, notó que el vigilante del edificio, quien rondaba la cuadra, se acercó hasta ella y recordó que la recepcionista, quien ya no se encontraba en la clínica, le había comentado algo al respecto.

—Buenas tardes, señor. La clínica ya está cerrada.

—Buenas tardes, señor. Disculpe, pero yo tengo una cita justo a esta hora.

—Ah, es cierto. Disculpe. Puede pasar.

El vigilante sabía que una MILF iría esa tarde al consultorio ya casi de noche, más no sabía quién sería, por lo que tuvo que hacer ese teatro de que estaba cerrada la clínica. Una vez que ella hizo ese comentario, la dejó pasar y ella cruzó la puerta al mismo tiempo que la señora de limpieza se iba del edificio.

—¡Buenas tardes! Exclamó Amanda para hacer notar su llegada.

—¡Buenas tardes, ya le atiendo!

Orlando, quien se encontraba en el baño, respondió desde la distancia, apresurado, como queriendo no hacer esperar a Amanda. Al cabo de unos segundos, apareció frente a ella, secando su rostro y sus manos con una toalla.

—Perdona, señora Amanda. Pero es que...

—Amanda. Solo dime Amanda.

—Está bien —Dijo él sonriendo y viendo de pies a cabeza lo que sin duda era un monumento de mujer situado frente a él— Pase adelante. Ya no queda nadie en el edificio, pero no se preocupe, la propiedad está muy bien resguardada, y como puede ver, apenas usted entró, el vigilante ya cerró todo.

—Gracias Orlando. ¿Puedo llamarte por tu nombre? Te me haces muy joven y siento que puedo tener confianza contigo.

—Oh, desde luego. La verdad es que me sucede exactamente lo mismo contigo. Ven, pasa, vamos al consultorio para contarte sobre los resultados de los rayos X.

Amanda avanzó con él, y sus nalgas se veían como de quinceañera

contoneándose por los pasillos de una escuela. Al llegar a la camilla, Orlando le pide que se siente y pudo ver lo corto del vestido, que era tan diminuto que casi dejó ver todo.

—Bien, aquí están los resultados. Todo se ve en perfecto estado, así que podemos proceder hoy a hacer la limpieza. —Comentó Orlando cuyas manos temblaban un poco, dejando claro que se encontraba un tanto nervioso.

Orlando la miró a los ojos y fue ineludible el deseo. Él no estaba del todo seguro, pero sospechaba, y ante la duda, decidió arriesgarse de manera un poco torpe. Se dejó de caballerosidades y fue directo hasta los labios de Amanda y los besó con delicadeza. Ella se dejó besar por un par de segundos, pero luego lo empujó por el pecho, casi lanzándolo hasta el otro extremo del consultorio.

Orlando se tropezó, pensó que se equivocó, que no debió besar a Amanda, pero entre tantos pensamientos no le dio tiempo de adivinar que Amanda en realidad solo lo estaba apartando un poco de ella para luego lanzarse sobre él con toda libertad, con las ganas de una tigresa, con ese deseo incontenible que se convertía en un río que escapaba de ella, bramando entre sus piernas.

Amanda lo vio a los ojos y eso fue suficiente para que Orlando se dejara llevar, porque con la mirada le envió un mensaje muy claro: ella quería tener el control. Se abalanzó sobre él, lo besó con pasión y con mordiscos en los labios mientras le arrancaba su bata de médico y luego los botones de su camisa en lo que era el preámbulo más salvaje jamás vivido por Orlando.

La erección de Orlando era demasiado notoria, y apenas Amanda pudo sentir aquel roce entre sus piernas, se arrodilló frente a ese dios de ébano que ya estaba sin camisa, mostrando sus grandes músculos y lo que aparentemente era un enorme pene debajo de tela gabardina.

Ni corta ni perezosa ella hizo lo que tenía años sin hacer, bajar el cierre del pantalón de un hombre, para luego sacar el pene y lamerlo por unos segundos y después introducirlo en su boca. Algo que tenía muchos años sin hacer y que siempre practicaba mucho con Julián hasta que la monotonía de la vida de casado y de tratar de tener un segundo hijo, les robó toda esa deliciosa chispa que algunos llaman “juego previo”

Con aquel mástil negro en sus labios, el mismo que los estiraba hasta más no poder, manda no podía evitar babearse un poco. Era difícil para ella y al mismo tiempo extremadamente placentero, el reto de introducirlo todo en su boca, incluso hasta llegar a su garganta, pero luego de varios intentos, de

varios hilos de baba, y entre tantos gemidos por parte de Orlando, ella supo que lo tenía como quería, dada la tensión que podía percibir entre sus labios, con un miembro cada vez más palpitante y con unas venas que parecían querer estallar.

Orlando, que solo se dejaba llevar, dejó su papel tan pasivo y decidió tocar la humanidad de Amanda. Comenzó por apretar esos firmes y perfectos pechos, para luego meter su mano debajo de la falda del vestido donde no encontró ropa alguna, solo piel y humedad, esperando que él hiciera su entrada triunfal.

Amanda se dio la espalda luego de haber pasado más de 20 segundos mordiéndose los labios mientras Orlando la estimulaba por completo, lamiendo sus pezones y jugando con su clítoris que se convertía cada vez que él la tocaba, en todo un río de pasión.

Estando ella de espaldas a él, apoyada sobre la camilla, Orlando no pudo negarse ante la súplica de una mujer fogosa.

—Hazme tuya, Orlando. ¡Fóllame aquí mismo!

El doctor no esperó un segundo más y la penetró con todas sus fuerzas. Al principio escuchó gemidos de dolor y placer por parte de Amanda, que conforme avanzaba el juego, se hacían cada vez más sonoros y menos dolorosos. En ese vaivén de caderas y de testículos rozando y chocando, las carnes se hicieron una sola hasta que Orlando, penetrándola muy fuerte desde atrás y sin parar de apretar esos pechos que lo tenían loco, no pudo evitar llegar al orgasmo, para lo cual extrajo su pene de Amanda y la hizo arrodillarse para rociar todo el néctar de su placer sobre esas tetas que definitivamente lo tenían enamorado.

Así, con Amanda arrodillada frente a él teniendo los pechos totalmente cubiertos de él, se dio cuenta de que esa hermosa mujer despeinaba pero igual de bella, sería la mujer con la que querría pasar el resto de sus días. Porque aunque muchas personas no lo crean, el amor sí existe luego de una sesión de sexo casual.

Luego de aquello, ya Julián no sería el único en tener un romance a escondidas, un romance verdadero al margen de la falda vida de casados que ambos aparentaban desde que hicieron aquel trato en el que acordaron vivir cada uno su experiencia por separado, pero siempre de manera discreto para no lastimar jamás los sentimientos de Mía, quien seguramente no podría soportar que ellos se separaran.

CAPITULO 4

aquella tarde fue la primera de muchas veces en las que Orlando folló a Amanda de maneras grandiosas, dejándola siempre sin aliento, a pesar de que a ella le gustaba tener el control. Era como ser un cazador cazado, Amanda quería dominar todo pero ella quien terminaba extasiada y luego agotada por las intensas sesiones de sexo con Orlando.

Luego de esa primera vez, él se ofreció a escoltarla hasta su casa, siendo todo un caballero. Ella aceptó la compañía, pero una vez que ambos autos se estacionaron frente a la casa de Amanda, ella recordó el acuerdo de discreción que mantenía con Julián, y no tuvo más opción que enviar un mensaje de texto al celular de Orlando:

“Disculpa, ha sido una velada maravillosa, la pasé genial en tu consultorio, y agradezco mucho que me hayas acompañado, pero hasta aquí llega nuestra cita. Llámame mañana, quiero verte en la mañana, antes de mediodía”

Y así, estando ambos autos aparcados frente a la casa, Amanda solo debió esperar un par de segundos para ver cómo la gran y hermosa camioneta blanca de Orlando se marchó despacio. Una vez que quedó ella sola, procedió a bajarse, abrir el portón, y entrar.

Amanda se sintió extraña, mientras iba entrando a la casa, trató de no hacer ruido y pensó en que ahora ella estaba haciendo lo mismo que Julián y de algún modo comenzó a comprenderlo aún más, se sintió todavía más cercana a él de lo que ya era. Eran como dos amigos viviendo juntos un mismo estilo de vida pero en paralelo, uno al lado del otro, sin que la vida de ninguno de los dos se viera afectada, y por tanto, sin dañar la felicidad de

Mía, que al final de cuentas era todo lo que realmente importaba.

Cuando Amanda entró a casa, Julián no estaba, como ya era costumbre, y Mía apenas estaba por llegar con unas amigas que le darían el aventón, según acababa de leer en su celular Amanda a través de un mensaje enviado por la propia Mía.

Se sintió un poco sucia, pero sucia en el buen sentido. O al menos a ella le parecía agradable tener en su cuerpo el olor a hombre que Orlando le había esparcido por todo su cuerpo. Se quedó un rato en la sala, como hipnotizada recordando las cosas que hizo y las que le hicieron a ella, y sonrió antes de subir a darse un ducha con agua tibia.

Mientras el agua le recorría el cuerpo, ella solo pensaba en su caballero moreno de manos fuertes y pene gigantesco. Era como un sueño. El sexo con Julián nunca había sido malo, es solo que ya en los últimos años había dejado de ser algo por placer para convertirse en una especie de tarea en la que trataban de conseguir ese segundo hijo que nunca llegó.

A la mañana siguiente, Amanda se levantó un poco más temprano que de costumbre, y ya para cuando Julián y Mía estaban en la cocina esperando el desayuno, ella ya estaba vestida con ropa deportiva sirviendo cereal con leche y frutas.

—Espero que les guste. —Dijo Amanda mientras tarareaba una canción.

—¿Otra vez con la música de hace mil años? —Preguntó Mía en tono de broma.

Julián se rió sin saber muy bien por qué Mía hacía ese comentario, aunque obviamente infería se trataba de una broma en la que ella trataba de decirle a su mamá que la música que escuchaba era muy vieja.

—¿Y eso que estás tan activa y vestida desde tan temprano? —Preguntó Julián a quien le pareció un poco raro ver a Amanda usando ropa deportiva y estar tan entusiasmada y tan de buen humor, cuando lo usual era que a esa hora el estuviese en bata con bastante sueño todavía.

—Es que hoy comienzo mis clases de yoga. —Sentenció Amanda mientras Julián y Mía intercambiaron miradas de extrañeza que concluyeron con sendas encogidas de hombros por parte de cada uno.

Julián terminó su café, Mía terminó un último sorbo de jugo que le quedaba, y habiendo desayunado ambos, cada uno se fue a lo suyo mientras Mía se quedó en casa esperando que su nuevo instructor de yoga la llamara.

En realidad se trataba de Orlando, ella solo esperaba que él cumpliera lo que ella le había pedido, y en efecto así fue.

—Hola ¿Cómo estás? —Preguntó Mía al atender la llamada telefónica del otro lado de su celular, el cual no dejó sonar más de un segundo.

—Hola Amanda. Bien, ¿y tú? Me encantaría verte hoy.

—Yo estoy muy bien, gracias. A mí también Orlando. Necesito que nos veamos lo más pronto que puedas en un café o algo por el estilo.

—Muy bien. Como tú órdenes. Solo dime el lugar, y en menos de media hora estaré allí.

Lo primero que hizo Amanda fue sonreír, le daba demasiado placer, no solo tener la certeza de que su amante moreno se la iba a follar de nuevo, sino también el hecho de escucharlo hablarle de esa manera, demostrando que en realidad ella tenía el poder. Eso definitivamente la excitaba.

—Excelente. Te espero en el Le París. ¿Sabes dónde queda?

—Desde luego. —Respondió Orlando. En meda hora estaré allí.

Amanda se terminó de arreglar, se fue muy sexy a pesar de que vestía ropa deportiva. Parecía esas actrices porno que hacen de mujeres mayores y sexy que van al gimnasio. Al llegar al café, notó que Orlando no estaba allí, de hecho el sitio como tal estaba completamente vacío, por eso ella escogió ese lugar, porque sabía que se trataba de un espacio muy discreto, muy poco concurrido, donde muy difícilmente algún conocido la vería.

Amanda llegó, se sentó en una de las mesas que estaban en lo más profundo del local, buscando la mayor discreción posible, y pidió un café. Al cabo de unos minutos recibió un texto que casi la encoleriza:

“Perdona. No podré ir. Surgió algo.”

Ese mensaje provenía de Orlando. La sangre se elevó rápidamente a la cabeza de Amanda quien por poco escupe el sorbo de café que acababa de tomar, y mientras pensaba en muchas cosas para responder que al final ni siquiera escribió, sintió cómo un par de manos fuertes y grandes le cubrieron los ojos por detrás. La sorpresa no tardó ni dos segundos, porque esas mismas manos le soltaron el rostro casi de inmediato para que el autor de aquella broma, posara frente a ella enseguida.

Se trataba del propio Orlando. El menaje de texto era solo un chiste para molestarla un poco, algo que ella decidió tomarse de buen humor a pesar de que le pareció una broma de mal gusto, por obvias razones, Amanda es una mujer a la que le gusta tener todo bajo control y no desea por nada del mundo ese tipo de sorpresas. Sin embargo, estaba tan alegre de ver a Orlando que decidió ignorar aquello.

—¿Vienes o vas al gimnasio? Te ves espectacular. —Agregó él al

saludarla.

—No importa de dónde vengo, y voy a donde tú me quieras llevar. — Respondió Amanda de forma muy pícaro.

Orlando no lo pensó un segundo más, la tomó de la mano, la levantó de la mesa y se la llevó hasta el estacionamiento. Luego que salieron del café, le señaló el camino hasta su camioneta.

—Dejemos tu auto aquí un momento, no iremos muy lejos. Ya he hablado con el vigilante y le he dejado una generosa propina para que cuide muy bien tu auto, así también agregamos discreción a este pequeño paseo que aunque no será muy lejos, tampoco será del todo breve. ¿Te parece?

A Amanda la idea le fascinaba, estaba encantada con ver cómo Orlando se encargaba de todo para hacer las cosas tal como ella las hubiese deseado. Ella solo asintió con la cabeza, y al cabo de unos minutos ya ambos iban en la camioneta de Orlando, alejándose un poco de la ciudad en dirección al bosque.

—Ya que has venido deportiva, daremos un paseo.

Orlando estacionó frente a un bosque en el que suelen acudir atletas durante el fin de semana, pero que en día de semana, lejos de ser una pista para ciclistas y maratonistas, es casi un desierto. No hay prácticamente nadie y se convierte en un lugar muy solitario.

Amanda no se veía muy contenta, le parecía un poco raro el plan. Orlando bajó del auto, se fue hasta la parte trasera, y allí mismo se cambió. Cuando Amanda vio la figura de Orlando a la luz del día en plena naturaleza, le dio igual que aparentemente él la llevó allí solo para caminar y trotar un poco. Su sola compañía ya le encantaba, y más luego de haber visto aquel escultural cuerpo sin camisa, el cuerpo del hombre que hacía tan solo unas horas la había follado salvajemente en su consultorio odontológico.

Orlando, ya vestido para la ocasión, se paró afuera de la puerta del asiento que ocupaba Amanda, y muy caballerosamente le abrió la puerta y le tendió la mano. Ella bajó lentamente, y los dos en silencio se adentraron por los senderos del bosque.

Caminaron por varios minutos, hablaron de cosas no muy trascendentales, cada uno contó qué tal había comenzado su día, y así fueron pasando varias estaciones donde la vegetación comenzaba a cambiar y todo el lugar empezaba a llenarse de una vegetación cada vez más frondosa, con árboles muy grandes que daban sombras inmensas, imposibilitando ver el sol.

—¿Sueles hacer ejercicio? —Le pregunta Amanda a Orlando.

—No muy a menudo, el trabajo no me lo permite. Pero sí hago mi mejor esfuerzo por mantenerme en forma.

—La verdad es que se nota. Estás muy en forma, debo confesar.

—¿Y tú? —Preguntó Orlando.

—¿Y yo qué? ¿Qué si me ejercito?

—No —respondió él con una sonrisa misteriosa— Que si tú también tienes ganas de follar ya mismo...

Amanda dudó un segundo, la pregunta la tomó de sorpresa, y por tan solo un instante en el que quiso tratar de entender la pregunta de Orlando, no pudo ni enterarse, ni resistirse a lo que fue una follada brutal en el bosque.

Orlando primero la tomó por las muñecas, la hizo colocarse de frente a un árbol, apoyando sus manos en él, y estando así la tocó toda, de maneras un poco toscas y abusadoras, pero al mismo tiempo propinándole un infinito placer a Amanda. Luego de haberla tocado toda y de haberle bajado el mono de maneras muy rudas, procedió a dejar esos pechos al aire, sin la más mínima intención de ser delicado.

Sacó los dos senos de Amanda por encima del sostén deportivo que ella traía puesto, y así, sin quitarse la ropa por completo, con las tetas al aire, inclinada, recostada a un árbol con el mono hasta las rodillas, Orlando la folló pero esta vez con más fuerza. La sesión fue breve pero intensa, Amanda podía sentir todas y cada una de las venas del pene de Orlando con ganas de explotar dentro de ella.

—Eres mía. —Le dijo al oído mientras con un antebrazo le rodeaba el cuello y con la mano libre, estimulaba su clítoris— Me perteneces, siente mi pene dentro de ti... ¡Eres solo mía!

A Amanda le fascinaba la forma en la que Orlando la penetraba en medio del bosque, pero lo que la hizo estallar en orgasmos múltiples fue escuchar aquellas palabras con ese aliento jadeante y de respiración entrecortada, que le susurraban al oído que ella tenía un dueño, y ese era únicamente Orlando.

Amanda era feliz llevando las riendas de todo en la vida, pero cuando se trataba de hacer el amor, ella quería tomar la iniciativa si era necesario, pero lo que más le gustaba era ser dominada, que la hicieran ser una perrita sumisa que se dejara follar de todas las formas imaginables, y de las que no también.

Luego de esa intensa sesión de sexo, ambos se acomodaron la ropa y volvieron a salir del bosque tomando la misma senda por la que entraron. Abordaron la camioneta, se dirigieron hasta el café donde estaba el auto de Amanda, y Orlando, muy caballerosamente, le dio un pequeño obsequio antes

de que ella se bajara de su camioneta para irse a su auto.

—Entiendo que quizás no podrás usarlo, entiendo que incluso es posible que no puedas aceptarlo. Pero yo realmente quiero darte este collar. Tómalo como un pequeño presente que quiero tener contigo, porque de verdad que me encanta el tiempo juntos.

Amanda pensaba que Orlando tenía razón, sería muy indiscreto utilizar ese collar. No debería ponérselo bajo ninguna circunstancia porque eso indicaría que ella obviamente estaba saliendo con alguien más, y aunque el acuerdo decía que cada uno, tanto ella como Julián podían hacer su vida sexual de manera libre sin rendirle explicaciones al otro, el mismo acuerdo también establecía que debía existir total discreción, y utilizar ese collar seguramente atentaba contra esa que podría llamarse cláusula de un contrato no escrito.

—Lo aceptaré porque la verdad es que tú también me tienes fascinada, y no solo por el sexo, sino por todo. En realidad eres un hombre encantador, magnífico, muy caballeroso y muy atento. ¿Cómo podría una decirte que no a algo? Es realmente casi imposible. También es cierto, sin embargo, que muy difícilmente podré usarlo, pero prometo que algún día, no sé cuándo, me lo verás puesto. ¿Está bien?

Orlando no respondió nada, solo la miro fijamente a los ojos, le dio un beso suave, breve, pero al mismo tiempo encantador, y se activó el botón que abría la puerta de su lujosa y moderna camioneta, de manera automática.

Amanda se dejó llevar por ese beso a ojos cerrados y corazón abierto. Tomó el presente y se bajó de la camioneta de Orlando para abordar la suya y dirigirse a casa a preparar el almuerzo, como un ama de casa común y corriente, ocultando la vida que comenzó a llevar desde ese momento, de forma paralela, con Orlando, el nuevo y verdadero amor de su vida.

Para Amanda, todo aquello no dejaba de ser extraño. Incluso, tal vez nunca dejó de serlo. Era hablado, acordado, era algo de lo que ella y Julián no podían sentirse avergonzados ni mucho menos molestos. Era algo que ambos habían acordado y sobre todo, era algo que ambos querían. Pero para Amanda, nunca dejó de ser algo realmente extraño a pesar de que ella adoraba el tiempo con Orlando. Era como realmente vivir dos vidas diferentes, una paralela a la otra y que jamás se mezclarían.

Ese mismo día, mientras Amanda regresaba a casa, Julián estaba con Lucy. Él ya tenía mucha más experiencia que Amanda en aquello de vivir una segunda vida al margen de la que tenía para los ojos de la sociedad, es decir,

esa vida de casado que todo mundo veía, esa vida perfecta que era como una burbuja en la que mantenían a Mía a salvo de cualquier prejuicio moralista.

Mientras Amanda preparaba un delicioso pastiche de almuerzo, ella no sabía que como de costumbre, Julián se lo perdería, y solo lo comerían ella y Mía. Julián estaba muy ocupado con sus dos manos sobre la nuca de Lucy mientras ella le hacía un sexo oral sencillamente maravilloso.

Para Julián, el deleite involucraba todos los sentidos, especialmente la vista. Ver esos labios carnosos bordeando todo su pene mientras Lucy lo miraba a los ojos, de rodillas, era algo que sencillamente no tenía comparación.

—¿Te gusta así, mi amor? —Le preguntaba Lucy a Julián, casi sin poder hablar muy bien, con la boca bastante ocupada.

Julián, erguido frente a su amante de ébano, no podía responder con palabras y solo lo hacía con gemidos y varias exclamaciones que denotaban lo placentero que era aquello que su amante le daba, ese placer evocado y transformado en una mujer más joven que él que sabía complacerlo en todo.

—Me encanta lamerte todo, mi amor. —Decía Lucy mientras su lengua parecía hacer dibujos de saliva sobre el muy tenso pene de Julián hasta que él no soportó más y estalló una galaxia entera de estrellas blancas y espesas sobre los labios que sabían decirle y hacerle cosas maravillosas a las que muy fácilmente se convirtió en adicto.

Así fueron transcurriendo varios días, uno tras otro. Julián ya habituado a pasar las tardes junto a Lucy cada vez que lograba escapar de la oficina temprano, y cuando el deber era mucho y no podía salir tan temprano, igual pasaba casi toda la noche junto a su amante.

Por otro lado, Amanda iba todas las mañanas, o al menos 4 veces por semana, a lo que todos creían eran clases de yoga en las que realmente solo era feliz y complacida, muy bien complacida por Orlando en cualquier sentido posible.

Una noche en la que Julián por pura casualidad no pudo ir a ver a Lucy, regresó temprano a casa y no encontró ni a Mía ni a Amanda. Al entrar y ver que no había nadie en casa, se preocupó un poco, le pareció muy extraño. Resulta que ese día por la tarde, a Mía unas amigas la habían invitado a ir al cine, y como era casi un hecho que Julián no estaría en casa siquiera para enterarse, nadie le avisó.

Julián se enteró de aquello porque llamó a Mía, quien no le atendió la llamada pero le escribió un mensaje de texto explicándole que estaba a mitad

de la película y por ello no le contestaba. En ese mensaje también le explicó todo lo demás, lo de la invitación y por qué él no fue consultado, por lo que no se molestó, pues le pareció que era completamente lógico.

Lo que si seguía extrañándole, era el hecho de que Amanda también hubiese salido sin avisar. Pero el misterio se resolvió muy pronto cuando escuchó el sonido de una camioneta afuera de la casa. Era Orlando dejando a Amanda.

Julián pudo ver desde la ventana cómo Mía estaba a bordo de ese auto y se despedía del conductor con un beso en la boca. También logró ver que era un hombre moreno quien conducía y concluyó que en definitiva no conocía al sujeto en cuestión. Julián se sintió de verdad muy extraño, no sabía definir los sentimientos que se le atravesaban en el corazón. Se fue hasta el mesón de la cocina a esperar que Amanda entrara, y cuando ella lo hizo, el solo le dijo:

—Necesitamos conversar.

CAPITULO 5

—**S**é lo que has estado haciendo, y sé que tú sabes a qué me refiero.

Con esas palabras recibió Julián a Amanda, quien impresionada con verlo allí tan temprano, algo definitivamente fuera de lo usual, no supo cómo responderle.

—No me malinterpretes. No te estoy juzgando. Tú aves lo que yo he estado haciendo todo este tiempo, y también veo que tú has estado haciendo lo mismo. Ese fue el acuerdo, no hay nada de qué lamentarse ni mucho menos nada por lo cual molestarse. Pero eso no significa que esto no deje de ser un poco extraño para ambos, quizás muy extraño, pudiéramos decir.

—Yo...

Antes de que Amanda dijera algo, Julián la interrumpió.

—Permíteme decir algo y luego te escucho, mi amor. Insisto: no quiero que me malinterpretes, no te quiero juzgar ni culpar por nada. Al contrario, debo confesar, tal vez muy desde una trinchera egoísta, que hoy he tenido una revelación que ha sido una suerte de alivio. No seamos más un par de tontos, no sigamos jugando a complacer al mundo, aceptemos nuestra realidad tal como siempre nos hemos aceptado.

Amanda no hacía más que mirarlo con mucha atención, directo a los ojos, sin saber qué más agregar, esperando que él termine de hablar para actuar de algún modo aunque no sabía cómo.

—Quiero que sepas que aún a un modo muy extraño, yo te sigo amando. Es solo que nuestra relación hace rato que de cierto modo evolucionó. No me gusta decir que lo nuestro ha muerto, es solo que ahora hemos llegado a un nivel que quizás nadie jamás ha vivido. Yo te sigo amando, y mucho, y eres

toda mi vida y te agradezco por darme a Mía. También quiero decirte que no te culpo por el hecho de que no hayamos podido tener ese segundo hijo que tanto quisimos. Lo intentamos por todas las vías posibles y no se pudo, y eso no es culpa ni tuya ni mía, y lo que somos hoy en día es el resultado de esa apuesta que no se nos dio. Pero mira esta casa, mira a Mía, mira lo felices que somos. Solo necesitamos ese pequeño escape que estamos tomando y nuestras vidas seguirán un curso perfecto.

Amanda soltó varias lágrimas y se dejó llevar hasta los brazos de Julián que ya estaban extendidos, esperando por ella.

—Tienes razón. —Le dijo Amanda a Julián entre sollozos y abrazos.

—Lo único importante es que Mía también sea feliz, por lo que debemos comenzar a ser más discretos. Creo que lo mejor a partir de ahora será olvidarnos de estas aventuras durante la semana, dejar Mía todos los fines de semana donde su tía, con su prima Miranda, a aprovechando que se llevan muy bien, y así aprovecharemos ese lapso para poder tener lo que necesitamos tener, y luego los lunes seguiremos brindándole a Mía el hogar familia que necesita, ese que tanto la protege y donde está realmente segura.

—Está bien, mi amor. Haremos eso. —Agregó Amanda sintiendo que liberaba un gran peso, que se quitaba una inmensa carga de encima.

Luego de esa conversación, las cosas tomaron el rumbo que Julián muy bien describió. Ambos, tanto él como Amanda, hablaron con sus respectivas parejas y les explicaron que lo mejor era dejar de verse a medias para comenzar a verse por 48 horas continuas durante el fin de semana, y luego cada uno volver a su ruina semanal.

Orlando lo tomó muy bien, incluso le fascinó la idea. Lucy por su parte, aunque ya estaba acostumbrada a ver a Julián casi todos los días y por lo tanto esta nueva decisión no le resultaba tan placentera como ella quisiera, le agradó saber que por fin podría dormir con su amado, y no solo una sino dos noches a la semana. Ella quisiera más, ella quisiera tenerlo todas las noches, pero con eso bastaba por los momentos.

De esa manera, apenas llegó el primer fin de semana, tanto Julián y Lucy como Orlando y Amanda, se desquitaron por todo lo alto. Julián se fue de vacaciones con Lucy a una playa cerca de la ciudad, mientras que Orlando secuestró a Amanda y se la llevó hasta una cabaña en el bosque donde pasaron todo el fin de semana casi sin salir de la habitación matrimonial.

—Y dime, ¿cómo se llama tu novio? Porque ya tienes uno, ¿cierto? —Le pregunta Miranda a Mía mientras sus padres disfrutaban de ese, el primer fin

de semana de muchos en los que se escaparían lejos con sus respectivas parejas mientras Mía compartía con su prima.

—Ehm...

Mía no supo qué responder, ella con todo lo bella que era y la edad en la que estaba entrando, incluyendo la nueva etapa de comenzar a ser estudiante universitaria, aún no había estado con ningún chico. Ella realmente estaba enfocada en sus estudios.

—Bueno, está bien. No lo tienes aún, yo he pasado por eso. Seguro te fijaste en alguno muy apuesto y popular. Pero como te digo, tranquila que tu prima Miranda te enseñará a conquistarlo.

Mía trataba de no prestar demasiada atención a las palabras de Miranda, ella en serio quería enfocarse en lo suyo. Pero por alguna razón, o por muchas más bien, una tarde, en clase, luego de que ya tenía cierto tiempo en su carrera universitaria, después de haber transcurrido un par de años, ella finalmente conoció a Jack, y aunque no fue exactamente como Miranda lo describió, algo eléctrico sucedió cuando Mía lo vio por primera vez.

Era una clase de finanzas, Mía era excelente estudiante, pero en esa clase solía ser un poco pasiva, no participa demasiado como sí lo hacía en otros cursos, y todo debido a que con esa asignatura no se sentía tan confiada como con las demás.

Jack entró tarde a la primera clase de ese semestre, pero era un chico alto, apuesto, aunque a pesar de ello no muy popular. O por lo menos no en el sentido en el que Miranda lo pronosticaba. Para la prima de Mía, ella seguramente se enamoraría de algún jugador de fútbol americano.

Jack era más un chico intelectual de esos que no necesariamente se portan bien. Un chico malo con el cerebro de un nerd y la inteligencia de un verdadero sabio, un hombre joven que sabía mucho de muchas cosas. Eso y mil cosas más era Jack, por lo que nada de raro tendría que Mía se fijara en él, como cualquiera de las otras chicas de su clase.

CAPITULO 6

Cuando Mía vio a Jack por primera vez, desde luego que fue un verdadero flechazo, sin embargo, para ese entonces ella ni siquiera le había hablado, se sentía muy nervosa de solo verlo pero le encantaba cuando él hablaba en clase.

—Debes verlo, no es solo muy guapo, sino que además es muy inteligente. Pero no te confundas, no es el típico nerd, el típico ratón de biblioteca. Jack es de verdad un hombre muy interesante y me atrevería a decir que misterioso. Maneja el periódico de la universidad, tiene varios libros publicados, y siempre está leyendo o escribiendo sobre algo. Es tan inteligente que incluso casi siempre parece que sabe más que los profesores. De hecho, yo diría que él perfectamente podría ser el profesor en vez del alumno.

—Bueno, prima, yo te voy a dar un consejo que me vas a agradecer: busca la primera oportunidad para estar a solas con él, demuéstrole que le gustas, y si en algún momento se atreve a darte un beso, toma su mano y hazlo que te agarre un seno. Te aseguro que con eso, ese tal Jack quedará emocionado. Pero no le des todo, hazlo que se esfuerce por unos días y luego...

—¡No! Nada de eso. Yo no voy a estar...

—¡Un momento! ¡No me digas que res virgen! —Exclamó Miranda, en tono de burla

Mía no dijo nada, y como bien dice un dicho acerca de quien calla, otorga, Miranda entendió que en efecto ella tenía razón y su prima Mía de 19 años de edad, era en realidad virgen.

—¡No lo puedo creer! Con tantos chicos babeándose por ti, y resulta que

tú ni siquiera has estado con alguno antes en tu vida. Todos esos muchachos seguramente se masturban usando tu nombre y tu imagen en la ducha, y resulta que ellos ni saben que tú ni siquiera sabes cómo hacer todo eso que ellos imaginan...

Miranda no había terminado con su desfile de comentarios burlones cuando Mía ya se había marchado a su habitación. Cuando los padres de Mía la dejaban los fines de semana donde su prima Miranda, ella tenía una habitación para ella sola, donde solamente se cambiaba luego de salir del baño, pues a la hora de dormir solía compartir habitación con Miranda. Esa noche, molesta por las burlas de su prima, prefirió ir a encerrarse en su recámara de donde no salió hasta el día siguiente.

A la mañana siguiente, Miranda fue hasta la habitación de su prima, la cual estaba trancada, por lo que dio la vuelta a la casa, subió al tejado y entró por la ventana como lo haría un novio romántico al más puro estilo de Romeo y Julieta.

—¿Qué estás haciendo? ¿Acaso estás loca? —Preguntó Mía Miranda mientras ella entraba por la ventana, en lo que parecía una proeza bastante arriesgada.

—Loca siempre he sido, desde niña. —Respondió Miranda ya dentro de la habitación.

Mía miró para otro lado con rostro de profundo fastidio, pues la verdad no tenía ganas de hablar con nadie y menos con ella. Miranda, por su parte, se sentó en la orilla de la cama con cara de perro recién regañado.

—Mira, yo sé que no hice bien en burlarme de ti. Es solo que tal vez le estás dando demasiada importancia al asunto. De verdad me siento culpable si te hice sentir mal y quiero contarte algo para que quizás lo tomes como ejemplo y no cometas el mismo error.

Mía dejó de doblar las sábanas y entendió que Miranda le hablaba de manera muy sincera, por lo que decidió sentarse en un sofá que estaba en esa recámara, y así quedar de frente a su prima.

—Yo era igual que tú en algunas cosas, no muchas. Una de ellas es que yo pensaba que el sexo era una cosa grandiosa que debía practicar cuando estuviera preparada y todo aquello. Y la verdad es que eso no es falso, pero tampoco es tan importante como creemos. Cuando perdí mi virginidad lo hice con un chico mayor que yo, muy popular, y yo pensaba que desde esa noche seríamos novios, y nos casaríamos, y tendríamos un gran número de hijos, y resulta que al día siguiente ni me hablaba, y cuando lo confronté, resultó que

el muy imbécil ni siquiera recordaba haber estado conmigo.

Miranda hizo una pausa, se notó que un ligero nudo se le atoró en la garganta, y con ello Mía se concentró aún más en lo que su prima tenía que decirle.

—Esa noche él estaba ebrio, solo por eso estuvo conmigo. Y yo como una tonta toda ilusionada. No quiero que te suceda lo mismo, quisiera que dejaras de darle tanta importancia porque lo más seguro es que la persona con quien estés, tampoco se la dé. No te quiero decir con esto que vayas y te acuestes con ese tal Jack o con el primer idiota que se te atraviese, solo quiero que sepas que cuando estés lista y desees hacer el amor por primera vez, trata de disfrutarlo, de ser feliz, y no te ates a ti ni a esa persona a una ilusión que no tiene base. Las parejas que llegan lejos, los grandes matrimonios, no es porque hayan esperado mucho para tener sexo por primera vez, sino porque se entienden muy bien como pareja porque han vivido juntos y se llevan de maravilla. Entonces, tómatelo con calma, no te enrolles, y por favor, discúlpame.

Después de aquellas palabras sinceras de Miranda, a Mía no le quedó más remedio que reconciliarse con su prima, quien después de todo, si algo tenía era experiencia. Amabas se dieron un profundo abrazo, y con una muy pequeña lágrima en los ojos, Miranda le volvió a pedir disculpas a Mía hasta que ambas rieron de nuevo y bajaron a desayunar.

Amabas pasaron el resto del día juntas, y entre tantas conversaciones, Miranda le terminó recomendando a su prima que se armara de valor y se atreviera a hablarle a Jack. Que nada de malo había en sacarle algo de conversación a quien en efecto era un compañero de clases. Le recalcó que no era necesario que le dijera que le gustara, ni siquiera que se lo insinuara. Miranda finalmente le habló de lo importante que es hacerse notar, demostrarle a Jack que ella existía, y a partir de allí, ver cómo podían fluir las cosas.

A la semana siguiente, ay en clases de nuevo Mía se armó de valor y entró a la universidad decidida a hablarle a Jack por sus propios medios. Mía llevaba ya días esperando que fuese Jack quien lo hiciera, pero la verdad es que era un joven muy ocupado, al que todo mundo conocía, y por ende siempre estaba distraído, siempre había alguien que lo llamaba o alguien que se ponía a conversar con él. De verdad era muy difícil que Jack se fijara en tantas cosas con tantas distracciones.

Esa mañana, ella lo vio de frente y apenas lo miró, todo su cuerpo

empezó a temblar. Mía tenía ya 19 años, pero en asuntos de amor aún era toda una adolescente. Con solo mirarlo, se sonrojó profundamente. Él caminaba sereno en dirección a ella, por un momento quiso desistir de su plan, pero recordó las palabras de Miranda y emprendió su camino directo hacia Jack. Ambos avanzaban en dirección uno frente al otro, no había manera de que no se encontraran, las manos le sudaban demasiado a Mía, y sentía que hasta se le había olvidado la manera de caminar, y cuando ya por fin lo tuvo de frente, no se atrevió ni a mirarlo y siguió de largo, pasándole apenas por un lado, sin siquiera saludarlo.

Una voz en su interior le recordó que era tonto ponerse tan nerviosa por tan solo saludar a alguien, y recordó que podía hacerle una pregunta sobre la clase, por lo que decidida, se detuvo, dio la espalda y comenzó a caminar en dirección hacia Jack cuando vio un par de chicas muy bellas lo interceptaron y comenzaron a conversar con él, sonriéndole, moviendo sus largas y hermosas cabelleras. No había forma de que Mía pudiera competir contra esas chicas por captar la atención de Jack, quien gustosamente conversaba con ellas, por lo que solo miró su reloj, vio que aún faltaba mucho para que comenzara la clase en la que por cierto compartiría aula con Jack, y ante las ganas que tenía de que el mundo se la tragara, prefirió irse hasta el salón a esperar que combara la clase, siendo como siempre una sombra más que Jack ni siquiera podría notar en clase.

Llegó al salón, estaba vacío. Se sentó en uno de los asientos y sacó sus audífonos para ponerse a escuchar música desde su celular. Escuchó toda clase de canciones pop, típicas de adolescentes despechadas. Mía se sentía decepcionada de sí misma, avergonzada y hasta molesta. Sentía que había sido una completa tonta, no tanto por no atreverse a hablarle a Jack, sino por creer que él se podría fijar en ella, y mientras pensaba en todo aquello y tarareaba la letra de la canción que estaba escuchando, vio cómo un par de zapatos se posaron sobre ella, u al levantar la mirada, Era Jack quien le hablaba algo que ella no podía escuchar.

—Hola, ¿te puedo preguntar un par de cosas? ¿Me regalas un minuto de tu tiempo?

Mía no lo podía creer. Era Jack, y le estaba hablando a ella. Tardó casi 5 segundos en darse cuenta de que debía quitarse los audífonos para poder escucharlo, Jack de verdad la traía totalmente boba.

Cuando por fin pudieron hablar, Jack le contó que tenía un proyecto para un nuevo periódico, uno feminista, uno que resaltara el talento femenino de la

universidad, y había estado investigado y encontró que Mía era la alumna femenina con las más altas calificaciones en esa institución.

Mía aceptó encantada, y durante toda esa semana le costó dormir. No podía creer, no solo que Jack le hubiese hablado, sino además el hecho de que muy probablemente tuvieran que trabajar juntos. Los días fueron pasando, se empezó a forjar una especie de amistad entre ellos, y Mía estaba resignada a que tal vez él nunca la vería como otra cosa. Aprendió mucho de él, de tantas cosas en apenas una semana, hasta que por fin les aprobaron el proyecto.

¡Mía! ¡Estamos listos! ¡El periódico va! —Gritaba Jack desde lejos la mañana en que le dieron la noticia, y por la que tanto ansiaba verla a ella para contarle.

Mía, al escuchar aquello, salió corriendo a encontrarse con él y abrazarse, para ambos había sido un gran logro, habían pasado toda una semana redactando el proyecto, y cuando por fin la idea se vio consumada, mínimo sentía que debían abrazarse, lo cual en efecto pasó, y justo allí, en el patio, frente a todos, surgió un ligero beso en los labios.

—Perdona, no quise...

—Disculpa, me dejé llevar por el momento. ¡Esto es grandioso!

Ambos siguieron celebrando pero ya sin estar tan cerca uno del otro. A l cabo de unas horas les tocó compartir trabajo en lo que sería la oficina del periódico cuyo equipo hasta ese momento solo lo conformaban ellos dos, y sucedió lo inevitable.

Jack estaba contento, alegre por el logro, y al mismo tiempo, algo cansado. Se fijó en Mía, quien no paraba de trabajar afanosa en ordenar aquella péquela y vieja oficina, y vio en ella a una chica muy bella y trabajadora, además de muy inteligente. Vio su cintura, su cabello, su estampa tan dulce y natural y no pudo evitar querer tomarla por las caderas, voltearla y besarla.

Todo aquello, Jack lo llevó a cabo. Y Mía, que tenía semanas rogando que aquello sucediera, se dejó llevar en lo que fue el más profundo, intenso y apasionado beso que alguien diera o recibiera jamás en aquella universidad.

El beso siguió como era de esperar, con unas prolongadas y sensuales caricias. Y mientras más se acariciaban el uno al otro, más ganas tenían de devorarse por completo. Hasta que Mía tuvo que decir algo:

—Jack, hay algo que debo confesarte.

CAPITULO 7

Jack no entendió nada de aquello, y su rostro lo decía todo. ¿Qué confesión podía ser tan importante como para querer hacerla justo en ese momento tan especial y apasionado?

—Jack, yo soy virgen. —Dijo Mía.

—¿Y eso qué tiene que ver en este momento?

—Bueno, es que me imagino que tú vas a querer...

—Yo no voy a querer nada que tú no quieras. Cuando quieras dar ese paso, lo daremos juntos, y cuando no, pues yo te respetaré. Por favor, Mía. Eso no importa en este instante. —Sentenció Jack antes de seguir besando y acariciando a Mía.

—Pero es que yo sé que no me vas a querer ver más si yo no quiero...

—Mía, tú me gustas muchísimo. Eres la única mujer que he conocido que es inteligente y bella y me presta atención a todo lo que digo. Por primera vez siento que alguien e verdad se fija en lo que pienso y opino, eres la única persona en toda esta universidad que me pregunta cómo me siento y también la única que no espera nada de mí. Tú eres otra cosa, tú eres una chica demasiado especial, y quizás ni te merezco, pero por ahora, déjame seguir besándote que esto está muy rico.

Mía sonrió, se sintió muy a gusto con lo que Jack le dijo, y decidió olvidarse de tantos prejuicios y dedicarse a hacer lo que el propio Jack le había pedido: seguir besándose en paz. Luego de casi 20 minutos en ese plan y de que la lengua de Jack casi tocara la garganta de Mía, ambos volvieron a sus clases y desde ese día mantuvieron un noviazgo muy bonito.

Para el cumpleaños 20 de Mía, Jack tenía una interesante sorpresa para su novia. Organizó un picnic en el jardín de la casa de un amigo. Llevó una

torta, velas, y algunos bocadillos. Él no planeaba nada fuera de pasar un gran momento que ella pudiera recordar, porque estaba muy enamorado de ella. La casa quedó sola, los dos se besaron intensamente hasta que él sacó una botella de vino.

—Si no quieres, no tomes. Pero déjame disfrutar de tu compañía y celebrar la suerte que tengo de haberte conocido, tomando un buen vino añejo.

Jack no había terminado de decir aquello cuando Mía ya se estaba sirviendo una copa. Porque Jack tenía ese efecto en ella, le da seguridad, confianza, la motivaba, tal vez sin proponérselo a ser ella misma, a atreverse a hacer las cosas, a no tener miedo cuando él estaba allí acompañándola.

—Gracias por todo, Jack. Por la torta, las velas, el momento. De verdad eres muy especial.

Jack escuchó aquellas palabras, y cuando Mía terminó de hablar, era porque él ya estaba sobre ella quitándole la blusa. Nadie lo planificó así, Jack no sabía que se quedarían a solas, y Mía ni sospechaba que se día, justo el día de su cumpleaños, ella perdería la virginidad.

Él besó su cuello y fue bajando hasta su pecho donde encontró dos pezones rosados que parecían volcanes perfectos, simétricos, esperando que su lengua apaciguara el fuego que reinaba en ellos. Mía por su lado sentía que estaba teniendo fiebre, que la temperatura en su cuerpo aumentaba al ritmo de la pasión que emanaba de ellos dos.

Él la colocó abierta de piernas y le dio a conocer las bondades de un beso bien dado que no solo se agradece cuando es en la boca. Y entre cosquillas y gemidos, Mía se fue dejando llevar hasta que sintió el gran deseo, el grueso y tenso deseo que Jack tenía por ella. Al principio fue tan doloroso como saber que lo más rico de la vida puede hacerte daño, un dolor que comparado al placer, era nulo.

Así, entre gemidos y nuevas experiencias. Ambos sellaron su amor en una casa ajena, en el día del cumpleaños de Mía. Cuando la felicidad de ambos no podía ser mayor y sus fuerzas para el amor ya estaban agotadas, cada uno vistió al otro como en un gesto protector y se fueron del lugar.

Jack la acompañó hasta la puerta de su casa, donde sus padres la esperaban con una torta para celebrar. Ellos no lo sabían, pero su niña ya se había convertido en mujer esa tarde, así que a ella particularmente le sobraban las razones por las cuales celebrar.

Cuando Mía entró a la casa, fue recibida como una reina. Sus padres le

dieron varias bolsas y varias cajas que contenían los más variados regalos. Cantaron el cumpleaños, comieron torta, y a mitad de la cena. Ambos muy solemnemente, le dieron una noticia:

—Mía, sabemos que ya eres toda una mujer, estamos muy orgullosos de ti, y queremos darte una noticia. Tu madre y yo nos vamos a separar. No lo tomes de mala manera, entiende que nosotros nos amamos, nos adoramos, somos los mejores amigos el uno del otro, pero es momento de dar un nuevo paso en nuestras vidas.

—¿Qué? ¿Ustedes están hablando en serio? ¿De verdad esto les parece una fabulosa noticia para darme en el día de mi cumpleaños? —Dijo Mía antes se subir corriendo y llorando hasta su recámara.

CAPITULO 8

Conforme fueron pasando los días, Mía lo fue tomando cada vez de manera más madura. Sin embargo, fue necesario que ella tuviera que acudir a un psicólogo, más por iniciativa propia que de nadie más.

—Es importante que entiendas que existen muchos tipos de relaciones, unas mucho más abiertas que otras, pero la que tienen tus padres es una cosa fuera de serie, bien lejos de cualquier cosa que yo en mis años de profesional haya podido conocer.—Le decía la sicólogo a Mía.

—Lo sé, yo misma no puedo entender cómo es que se quieren tanto todavía, y no intentan darse una segunda oportunidad. No sé. Yo de verdad no soporto la idea de verlos separados.

—Ellos ya tuvieron su oportunidad de llevar una vida juntos, ahora les toca conocer a otras personas y ser felices por otros lados. Igual, debes sentirte súper especial, porque el lazo más fuerte que los une eres tú misma. Ellos se aman, a su manera pero se aman. Ya no se desean el uno al otro, solo quieren que cada quien sea feliz, por lo que no existe celos entre ellos por eso han tomado esa decisión que tú no solo deberías respetar sino además apoyar, porque toda esa mistad profunda, todo ese amor que se tienen, lo tiene muy bien cuidado y conservado por ti, porque te aman y te adora. Tú nos aves desde cuándo ellos han estado esperando hasta que tú tuvieras la edad y la fortaleza suficiente para entender esta decisión. De verdad es admirable todo lo que ellos han hecho por mantenerte feliz y por no hacerse daño el uno al otro. Es increíble, sencillamente increíble.

Mía no hizo más que asentir con la cabeza, sabiendo que todo lo que la psicólogo le decía, era totalmente cierto. Y mientras ella discutía sobre eso en el consultorio, reflexionado de maneras profundas, Lucy esperaba a Julián de

una manera muy peculiar para celebrar.

Julián y Amanda ya estaba oficialmente divorciados conformes pasaron los días y los detalles legales de ese trámite o proceso que siempre suele resultar largo, tedioso y muy engorroso. Al llegar a casa de Lucy, donde ahora finalmente Julián se mudaría, la encontró de rodillas, esperando por él.

—Tengo horas esperando por ti, mi amo, mi señor. Ven que quiero darte las felicitaciones más deliciosas que jamás haya recibido alguien. Quiero darte con mi lengua todo lo que mereces por ser un hombre tan perfecto, por ser mi dueño desde la primera vez que nos vimos.

Julián no lo pensó dos veces y avanzó, cerró la puerta tras de sí, estando en la sala de la casa de Lucy, la que ahora sería la casa de ambos, se dejó llevar por el placer y la lujuria, esa que siempre había reinado entre ellos, porque la relación que mantenían involucró sexo desde siempre, desde aquella vez en el museo cuando sin conocerse muy bien hicieron el amor a escondidas, esa llama de fuego ardiente que jamás se ha extinguido entre ellos, porque no solo se aman, es que se desean como un par de adolescentes enamorados.

Ella comenzó por lamer su abdomen una vez que Julián quedó sin camisa, pero al estar completamente desnudo, ella no hizo otra cosa que no fuera comérselo por completo. Primero lamio su abdomen, luego bajó hasta su pene y se deleitó dando rienda suelta a su lengua. Después de eso quiso también aportar placer a los testículos de su hombre y lo consiguió. Mientras lo hacía feliz, lo miraba a los ojos, y esa fue, de alguna manera, la forma en la que bautizaron al que sería ahora su hogar como pareja de todos los días. Ya no se verían a escondidas, ya no deberían inventar excusas, ya no eran una pareja que solo estaba junta los fines de semana para llevar y mantener una extraña vida paralela durante la semana. Ya eran oficialmente una pareja normal, de esas que desde hace rato deseaban ser, al menos en lo importante. Porque no es que fueran muy normales que digamos, de hecho se puede decir que no lo son en lo absoluto, pero lo que cuenta es que sea como sea, ahora serían todavía más felices lo que ya de por sí eran.

Y así, entre tanto amor lujurioso, Julián terminó por depositar todo su seo entro de la boca de Lucy, expulsando amor acuoso y blanquecino que terminó cayendo en la garganta de la joven morena de trasero bien firme, la misma que supo enamorarlo desde la primera vez que se vieron.

Por su parte, Mía y Jack comenzaron a desarrollar una extraña costumbre, la de tener sexo a cada rato en lugares públicos o en casas de amigos. Nunca

era planificado, solo era cuestión de que nunca desaprovechaban una oportunidad. Bien fuera en casa de amigos, en baños de la universidad, en algún parque solitario, siempre de un modo u otro, se daba la oportunidad de hacer el amor y ellos no la desperdiciaban, porque así de fogosos eran, porque así le gustaba ser y porque así eran muy felices.

Una tarde, Jack estaba follando a Mía en estilo perrito y no aguantó las ganas de dejarse llevar y terminó muy rápido. En un primer momento, Mía se molestó un poco, se podría decir que quedó insatisfecha, con ganas de más. Pero apenas unos segundos después, un policía pasó cerca. Estaban en un parque, estaban follando de la misma manera a la que ya estaban acostumbrados, profanando lugares públicos.

Todo comenzó en una fiesta a la que fueron juntos. Al cabo de un rato, Jack estaba un poco cansado del olor a humo en el sitio, casi todo mundo fumada, y le propuso a Mía salir a tomar algo de aire fresco. Una vez que caminaron un par de cuadras, fueron hasta un parque donde Jack le habló de lo mucho que la amaba, y cuando fue describiendo una por una las razones, terminó hablando de lo delicioso que era el sexo con ella, y de una cosa pasaron a la otra, lo que fue una exposición de teorías, se terminó convirtiendo en una demostración práctica.

—Mi amor, nos acabamos de salvar de un gran bochorno. Yo te amo mucho, pero creo que ya es hora de tener un lugar propio, un sitio donde amarnos sin problemas y sin exponernos a un muy mal rato y a una vergüenza tanto para nosotros como para nuestras familias.

Cuando Mía le dijo aquellas palabras a Jack, activó en él un sentido de querer hacer las cosas bien. Esa noche Jack se dio cuenta de que era momento de dar un nuevo paso, de establecer de manera más seria su relación con ella y de avanzar como pareja. No se trataba de casarse ni de cosas formales tradicionales, pero sí tenía algo que ver con eso. En definitiva, Jack comenzó a pensar que necesitaba un empleo mucho mejor para poder darle a quien seguramente sería su futura esposa, todo lo que merecía.

Luego de aquello, Jack pasó días buscando alternativas, buscando la fórmula exacta para lograr lo que deseaba, hacer feliz a Mía y cumplirle como el hombre de su vida, como eso que él era para ella.

Mientras eso pasaba, Julián invitó a Mía a pasar un fin de semana con él y Lucy en la que ahora era su nueva casa. En un primer momento, Mía no estaba muy a gusto con la idea, le daba algo de celos pasar un fin de semana con la que era algo así como la sustituta de su madre. Mía amaba mucho a su

mamá, y solo porque la propia Mía fue quien le pidió que fuera, es que ella aceptó

Desde un principio Mía no quería ir. No solo porque no le tenía mucho aprecio a Lucy, sino incluso por el amor que le tenía a su padre, prefería evitar una confrontación. Pero el solo hecho de que fuera su propia madre quine la incitara a ir, que fuera la propia Amanda la que le pidió que la conociera y que se dieran una oportunidad, ayudo a que Mía aceptara.

Después de todo, no se trataba ni de ella ni de su mamá, se trataba de hacer feliz a Julián. Ella, Mía, debía entender que tanto Julián como Amanda, decidieron hacer una vida en paralelo a la que llevaban como familia, y era momento de que Mía no solo aceptara y respetara eso, sino también de que comenzar a apoyarlos, especialmente a su padre que fue quien tuvo que irse de la casa.

Esa decisión de irse a casa de Lucy, no fue algo que Julián tomara de manera apresurada, bajo algún tipo de presión o por alguna obligación. Julián tomo esa decisión porque quiso, porque le pareció lo más correcto, lo más acertado, en parte por su generosidad, y también porque era algo que Lucy llevaba años pidiéndole, era algo que debía complacer a todos, incluso a su nueva mujer, a esa morena que desde siempre lo había hipnotizado.

Llegó el día en el que Julián pasaría buscando a Mía para ir hasta casa de Lucy. Todo comenzó bien, o eso parecía. Mía esperaba a su papá muy contenta como siempre, pero apenas emprendieron el viaje hasta la casa de Lucy, Mía comenzó a mostrar una cara diferente. Dejó de ser una chica simpática para dar respuestas odiosas a casi cada pregunta que Julián le hacía. Incluso comentarios tontos y sin importancia. Mía los tomaba muy a pecho y se esforzaba en darle a su padre la pero respuesta en casi todo momento.

Ella no se daba cuenta, pero con eso, eso que estaba logrando muy bien y que hacía de manera casi inconsciente, estaba demostrándole a su papa que por lo visto ella jamás se llevaría bien con Lucy, porque era muy obvio que la odiaba.

—Vaya, el día está bastante soleado. ¿No te parece? Parece estarlo más que de costumbre.

—Pues creo que no hace falta ser un experto de la NASA para darse cuenta de eso. Con solo salir hoy ya uno siente que se derrite. Yo creo que hoy definitivamente no es un buen día. No es un día de esos en los que las cosas salen bien, en los que todo es felicidad. No, no parece ser un día de esos. Si supieras, que más bien parece ser un día oscuro, de no ser, claro, por

este intenso sol que estamos recibiendo hoy y que yo diría que es hasta por gusto, que no vale la pena.

Esas últimas palabras eran como puñaladas directas al corazón de Julián. Él esperaba con mucha ilusión que Mía y Lucy se llevaran Bien. Él no quería que Mía viera en Lucy a una nueva madre, él solo quería seguir siendo feliz y mostrarle a Mía de qué se trataba esa felicidad. En pocas palabras, él solo quería compartir su felicidad con su hija, con su única hija.

Pero Julián, por otro lado, estaba muy al tanto de lo temperamental y emotiva que era su hija, sabía que en gran parte todo aquello no era más que una especie de pataleta que tenía montada por los celos que Lucy desataba en ella. Así que decidió no prestar demasiada atención y dejar que el día fluyera de la mejor manera posible.

Al llegar a casa, Lucy los recibió muy nerviosa. Ella realmente estaba enfocada en agradar a Mía, ella quería que Julián se sintiera orgullosa de ella y sobre todo quería llevarse bien con Mía, y es que después de todo, no había demasiada diferencia de edad entre ellas dos.

—Hola, Mía. Te he estado esperando desde hace rato. Es un verdadero placer tenerte aquí.

—¿Sí? Pues si fuera por mí, aún estarías esperando. Pero ya sabes, para eso existen los padres, para obligarnos a hacer cosas que no queremos.

La respuesta de Mía fue verdaderamente incómoda, Lucy no supo qué hacer y solo miró los ojos de Julián como buscando refugio en ellos. Por su parte, Julián solo pudo reírse un poco del muy perspicaz comentario de su hija.

La tarde avanzó y por educación, por desenvolvimiento social, o por lo que sea, Mía y Lucy terminaron interactuando un poco más, y todo terminó de arreglarse cuando Lucy le mostró a Mía una sorpresa que había preparado con mucho cariño para ella.

—Mira, esto lo hice especialmente para ti porque me dijeron que pocas cosas en la vida te gustan más que este tipo de tortas, la famosa tres leches. La hice con mucho cariño porque tu papá definitivamente te adora, y ese cariño que él siente por ti, es capaz de transmitírsele a cualquiera con quien él hable de ti, porque de verdad es contagioso, habla con tanto cariño y con tanto amor de lo que representas para él, que a quienes nos importa mucho tu papá, nos termina encantando la idea de poder conocerte. Por eso hoy digo que tengo suerte de finalmente verte en persona, pues tu padre siempre me habla de ti, y por eso mismo es que hoy con muy buenos deseos, prepararé esta

torta para ti.

Con semejante explicación y ante tal detalle, Mía no pudo evitar soltar una lágrima que pronto se borró cuando probó lo que era l más deliciosa torta que hubiera probado en su vida. Desde ese momento pasaron el resto del día muy conversadoras, y desde ese momento se hicieron grandes amigas, lo que al mismo tiempo hizo muy feliz a Julián.

CAPITULO 9

*H*abiendo pasado unos meses desde aquella noche en la que de algún modo Mía le exigió a Jack que tuvieran un nido de amor propio, un lugar donde hacer el amor de manera tranquila y en privacidad, él la fue a buscar en la universidad para llevarla hasta un lugar donde le tenía preparada una sorpresa.

La llevó hasta un edificio, y estando ambos parados frente a él, la cargó en sus brazos, subieron unas escaleras hasta el primer piso, y le abrió la puerta de lo que era un apartamento que él había comprado para los dos.

—Yo sé que lo normal es boda y toda la cosa, pero yo soy muy práctico y preferí invertir en esto, porque sé que lo necesitamos y porque tú misma en cierto modo así me lo hiciste ver. Yo te adoro, Mía. Eres muy especial para mí y solo quiero hacerte feliz.

Estando ya dentro del apartamento y luego de esas palabras tan sinceras como románticas, Mía no pudo esperar a estrenar el apartamento de la mejor forma, y de hecho no tuvo ni que pedirlo. Jack ya sabía lo que debía hacer. Así que subió con delicadeza el vestido que Mía traía puesto mientras la besaba tanto en los labios como en el cuello, de forma muy apasionada.

Luego de tener sus nalgas en sus manos, procedió a tocarla toda, de manera más completa, hasta que ambos terminaron en uno de los rincones del apartamento que acababan de comprar y que al mismo tiempo se dedicaban a estrenar. Mía estaba sobre Jack, cabalgando al más puro ritmo del amor incandescente que se tenían. Los pechos de Mía rebotaban y Jack se daba un gran deleite con ellos, hasta que ambos explotaron de placer y de amor, en lo que definitivamente fue un muy interesante y original bautizo para ese nido de amor de paredes y techo que era para ellos el fin de una vida sexual

arriesgada para comenzar a centrarse en los siguientes pasos para terminar de establecer la hermosa relación que desde hacía un tiempo habían comenzado a construir.

—Yo estoy muy feliz de que ya estés por graduarte. Yo ya recibí mi título, y mira, nos está yendo muy bien. Ya tengo mi empleo y me he permitido compra este lugar para nosotros. Sé que apenas en algunos meses nos terminará de ir mejor, y tú estando ya por graduarte harás que seamos una pareja moderna, una pareja joven y trabajadora. Yo me siento muy orgulloso de ti y quiero darte solo lo mejor.

Esas palabras para Mía fueron el mejor discurso post sexo que jamás hubiera tenido. Las palabras de Jack definitivamente le llegaban bien hondo en su corazón y se sentía realmente plena, feliz y satisfecha al lado de ese magnífico caballero que solo sabía darle satisfacciones.

Luego de aquello, fue cuestión de apenas unos días para que Mía fuera hasta casa de su madre a contarle las buenas nuevas. Era sábado, Mía fue de visita, y le dijo a su mamá que se mudaría a vivir con Jack.

—No me ha propuesto matrimonio, madre. Ha hecho algo que considero mucho mejor, ha comprado un apartamento para nosotros y lo ha puesto a mi nombre. Sé que lo más tradicional es que nos casemos, pero yo de verdad no lo veo tan importante, y me siento orgullosa de que en tan poco tiempo ya tengamos un lugar donde vivir juntos.

—Pues te felicito, hija. Me parece una maravilla. De verdad. Y bueno, aprovecho la buena nueva para decirte que te apoyo en tu decisión, y también para contarte que Orlando se vendría a vivir conmigo. Ya lo he consultado con tu padre, y en vista de que ya veíamos venir esto de que seguramente te mudarías y tratarías de hacer tu vida por ti sola como era de esperarse, pues tato él como yo hemos estado de acuerdo en que lo mejor es que Orlando se venga a vivir aquí conmigo y así no solo evito estar sola en casa, sino que además tendré una gran compañía.

Dicho aquello, pasaron un par de semanas y Orlando ya estaba instalado en casa de Amanda, en la que alguna vez fue la casa donde ella vivió con Mía y con Julián. La vida da muchas vueltas, y con ella pasan muchas cosas, como lo que sucedió luego de un tiempo cuando Mía fue de nuevo a visitar a su madre Amanda, en esta oportunidad estando ya instalado Orlando en aquella casa.

—Hija, necesito contarte algo. —Le dijo Amanda a Mía en esa oportunidad.

—¿Qué cosa, madre? Ya me tienes hasta preocupada. No me hables así que me asustas. Dime, ¿qué paso? ¿De qué se trata?

—Tranquila que no es nada malo, pero sí un poco impresionante.

—Ay, mamá. Por favor dime ya de una vez que me tienes hasta estresada.

—Bueno hija, vas a tener un hermano.

En primera instancia, Mía no entendía nada. No comprendía lo que las palabras de Amanda le estaban diciendo, hasta que la vio llevarse las manos a la barriga, en ese instante se dio cuenta de que se trataba de que Amanda estaba embarazada. Aquello era sin duda una gran noticia, pero al mismo tiempo un poco extraña. Por tantos años, tanto ella como Julián lo intentaron por todos los medios y no pudieron. Ahora, cada uno había comenzado a rehacer su vida amorosa, y resultó que por fin Amanda pudo volver a quedar embarazada.

—¡No lo puedo creer! —Exclamó Mía— Déjame llamar a Jack para contarle, se va a emocionar mucho, ya verás.

Luego de esas palabras, luego de un profundo y sincero abrazo con su madre, y luego de felicitar a Orlando, Mía salió un momento al patio para darle la espectacular buena nueva a su querido Jack.

—¡No lo vas a creer! ¡Voy a tener un hermano!

Al propio Jack le costó entenderlo en un primer momento, pero luego cuando por fin captó lo que Mía le estaba diciendo, no tuvo más palabras que de felicitaciones.

—Qué bien, mi amor. Me alegra mucho, de verdad que sí. Esa noticia es maravillosa. Apenas pueda, pasare por allá para felicitarle personalmente. Me imagino que en este momento están todos emocionados celebrando.

—Bueno. Sí. Emocionados sí, y mucho. Celebrando no tanto, estamos ya por acostarnos a dormir. De hecho aprovecho para decirte que hoy dormiré aquí, pero...

Mía no pudo terminar de decirle a Jack lo que le estaba contando, porque justo mientras conversaba con él, ocurrió una cosa demasiado extraña. De la nada sintió un mareo terrible, unas náuseas horribles y unas ganas de vomitar que se convirtieron en un desmayo. Así, tan sencillo como eso, Mía, mientras hablaba por celular con Jack, se desplomó en el patio de la casa, cayendo totalmente inconsciente al piso.

CAPITULO 10

Orlando vio todo desde la ventana y Salió corriendo a auxiliar a Mía, pero cuando llegó era un poco tarde, ella ya estaba en el piso, con la mirada perdida. De urgencia se fueron todos corriendo a alta velocidad hasta una clínica, y cuando por fin la atendieron. Afortunadamente Mía no estaba tan grave como parecía.

—Debo darles una noticia maravillosa —dijo el médico— Lo que sucede con la paciente, no es otra cosa sino que está embarazada.

Todos se vieron las caras, asombrados, incrédulos ante el hecho de que madre e hija estaban embarazadas. Para ese momento, en la clínica solo estaban Amanda Y Orlando, pero justo cuando recibieron la noticia, apareció Jack llegando muy apresurado.

—¿Qué sucedió? Por favor díganme que Mía está bien.

—Claro que sí, hombre. ¡Lo que sucede es que vas a ser papá!

Orlando y Jack no se conocían, pero nada más con recibirlo de esa manera y con semejante noticia, a Jack le bastó para que él le cayera extremadamente bien, y ante tanta emoción, a Orlando también comenzaba a agradarle la familia de Amanda.

Todos se abrazaron, el propio Jack aprovechó de felicitar a Amanda y a Orlando, ellos lo hicieron con él, y al final todos se terminaron de confundir pero en abrazos. Cuando Mía ya estuvo mucho mejor, salió de la sala de urgencias y recibió la noticia al igual que todos.

—A ver, muchachos. Amanda y yo lo hemos estado pensando bien, sabemos que ustedes han comprado un apartamento recientemente, pero vaya que esto que está pasando es muy interesante. Yo les propongo que vendan el apartamento, se vengán a vivir con nosotros, la casa es muy grande y la

familia apenas está comenzando a crecer. Tanto a Amanda como a mí nos encantaría tenerlos con nosotros, y así les quedaría algo de dinero por si desean invertirlo en algo, puede ser un negocio para ir garantizando la estabilidad económica desde ya y poder darle todo lo que merece a ese niño que está por venir. Vamos, ¿Qué dicen?

Jack y Mía se vieron a los ojos por tan solo un instante, y caso al mismo tiempo ambos dijeron que definitivamente aceptaban la proposición, lo que termino de ser una razón para celebrar. Luego de unos instantes, Mía dijo algo muy importante cuando ya todos iban en la camioneta de Orlando de regreso a casa.

—Necesito ir mañana a verme con papá. Quiero ser yo quien le cuente.

—Muy bien, no te podré acompañar porque tengo trabajo, pero si me lo permites, puedo llevarte y dejarte con él y de ahíirme yo hasta mi trabajo. — Agregó Jack.

Pues hagamos algo más interesante, yo mañana no tengo trabajo, puedo prestarles la camioneta así van más seguros, y no solo sabes que Jack podrá llevarte, sino que le dejo el auto para que se vaya con él al trabajo y pueda pasar luego por ti. Así no solo te lleva sino que también te busca. Creo que es lo justo, creo que así debe ser. Por favor no me rechacen mi oferta que lo hago de muy buen corazón porque todo esto de ser padre abuelo al mismo tiempo, me tiene muy ilusionado y solo quiero hacer las cosas bien.

Tanto Mía como Jack estuvieron de acuerdo. Esa noche todos durmieron en la que desde ese entonces sería su nueva casa, la casa familiar, la casa de todos y de crecerían muy felices los niños que estaban por nacer.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, Jack llevó a Mía a ver a su papá y él de allí se fue hasta su trabajo en la camioneta de Orlando. Mía había quedado de verse en una café con Julián porque quería darle una noticia muy especial y quería que fuese en el café a donde él solía llevarla por las tardes cuando era niña.

—Hola, papá. Te he citado aquí porque tengo una, bueno, dos noticias grandiosas que darte.

—Hola, mi amor —respondió él luego abrazándola con mucho cariño— Cuéntame, de qué se trata, ya me tienes ansioso.

—Bueno, siéntate bien porque esta es una noticia bomba. Estoy embarazada, y no solo eso, pues además de madre, también voy a ser hermana. Sí, como lo escuchas, tanto mamá como yo, estamos embarazadas, justo al mismo tiempo.

Julián no sabía qué hacer. Se paró de la meca, comenzó a dar saltos, abrazó varias veces a Mía. En ocasiones la soltaba, creyendo que la podría lastimar por el embarazo, luego la volvía a abrazar, incluso hasta quiso cargarla en brazos y de nuevo le preocupó lastimarla a ella o al bebé. Fue tal la emoción que gritó varias cosas alegres y terminó por ofrecer una ronda de café a todos los presentes a cuenta suya.

Por confusiones ente tantas emociones, a Mía se le olvidó el plan de que Jack la pasaría buscando luego, y ella, también por lo sentimental que estaba con su papá, aceptó cuando Julián le ofreció llevarla hasta casa para así aprovechar de felicitar tanto a Amanda como a Orlando.

Para Julián era increíble, por fin Amanda había logrado quedar embarazada. No se preocupó en detalles tontos como si era él el infértil o qué fue lo que realmente pasó, porque tal vez fue algo del destino, tal vez así debía ser.

—Vamos, de verdad estoy muy emocionado. Aun no lo puedo creer. Tú mamá debe estar enloquecida de la emoción, será madre y abuela al mismo tiempo. Eso se cuenta y no se cree.

—Sí, parece de película. En serio yo estoy muy emocionada y aún creo que esto puede ser un sueño. Es increíble.

Y así, entre tanta felicidad, el camino se les hizo bastante breve, pero al llegar a casa, ni Amanda ni Orlando estaban. Habían dejado una nota diciendo que Amanda había tenido un antojo y ambos decidieron salir a algún mercadillo cerca para satisfacer a la futura madre, o bueno, a una de ellas.

—Bueno, qué lástima que no estén, pero que bien por ellos. Diles que de verdad estoy muy emocionado. Tanto que ya mismo me voy para mi casa a contarle a Lucy, ella no me lo va a creer.

—Está bien, papá. Maneja con cuidado, controla esa emoción. Dale mis saludos a Lucy, dile que extraño sus tortas. Yo les daré tu mensaje a mamá y a Orlando. Pronto te visitaremos Jack y yo.

Julián se marchó, se fue muy feliz a casa. Al llegar, Lucy lo estaba esperando en la sala con un sobre en la mano. Julián no sabía de qué se trataba, sí le pareció un poco raro, pero decidió primero contarle la noticia y luego preguntar.

Julián no paraba de hablar y parecía no respirar, estaba tan emocionado, tan contento, que no se daba cuenta de que Lucy necesitaba contarle algo muy importante. Él en sus ojos dejaba ver lo feliz que era, y cuando finalmente terminó de hablar y lo que Lucy esperando muy pacientemente

para no interrumpirlo, le dijo:

—Te felicito, mi amor. Me alegra mucho, sé lo importante que es todo esto para ti. Tu hija embarazada, Amanda embarazada, sé lo mucho que ambos lo intentaron. De verdad me alegro, pero si crees que las casualidades de esos dos embarazados son algo realmente increíble, espera a que te cuente que no solo vas a ser abuelo, sino que también vas a ser papá.

Julián casi se desmaya de la emoción, primero se quedó mudo, incluso hasta palideció un poco. Por fin llegó ese hijo que tanto esperaba, el que tanto había buscado tener con Amanda y no pudo, y lo va a tener justo al mismo tiempo en que su hija está embarazada y en el que la misma Amanda también lo está. Era sencillamente una cosa loca difícil de creer.

Luego de esa gran noticia, Julián no pudo esperar y decidió llamar a Amanda para felicitarla de inmediato y contarle. Durante la llamada, ambos lloraron de felicidad, y nueve meses después, ya todos estaban en la clínica, atendiendo lo que además fue la casualidad todavía más extraña: las tres dieron a luz el mismo día.

La escena era maravillosa, primero Orlando sosteniendo a Lili, una preciosa bebé de piel morena y cabello rizado. Luego, Julián orgulloso cargando a Richard, un apuesto caballero recién nacido muy parecido a su padre, y todos se reunieron cuando finalmente apareció Mía en silla de ruedas cargando a Coco y Kimi, una hermosa pareja de gemelos recién nacidos.

—Esta fecha quedará en la historia de esta maravillosa gran familia como el cumpleaños grupal más bello que pueda existir. Año tras año nos reuniremos y celebraremos juntos y felices. —Fueron las palabras de Jack para cerrar el círculo de felicidad que los embargaba a todos.

UNAS PALABRAS FINALES

Espero que hayas disfrutado de mi novela así como yo disfrute escribiéndola para ti mi querida lectora, pero esto no termina aquí, me gustaría saber tu opinión y también que me puedas ayudar dejando una review en el libro en Amazon.
Las reviews positivas me ayudan a mejorar y a seguir dedicándome a la escritura la cual es mi pasión desde muy pequeña.

Muchas Gracias
Sophie Rose